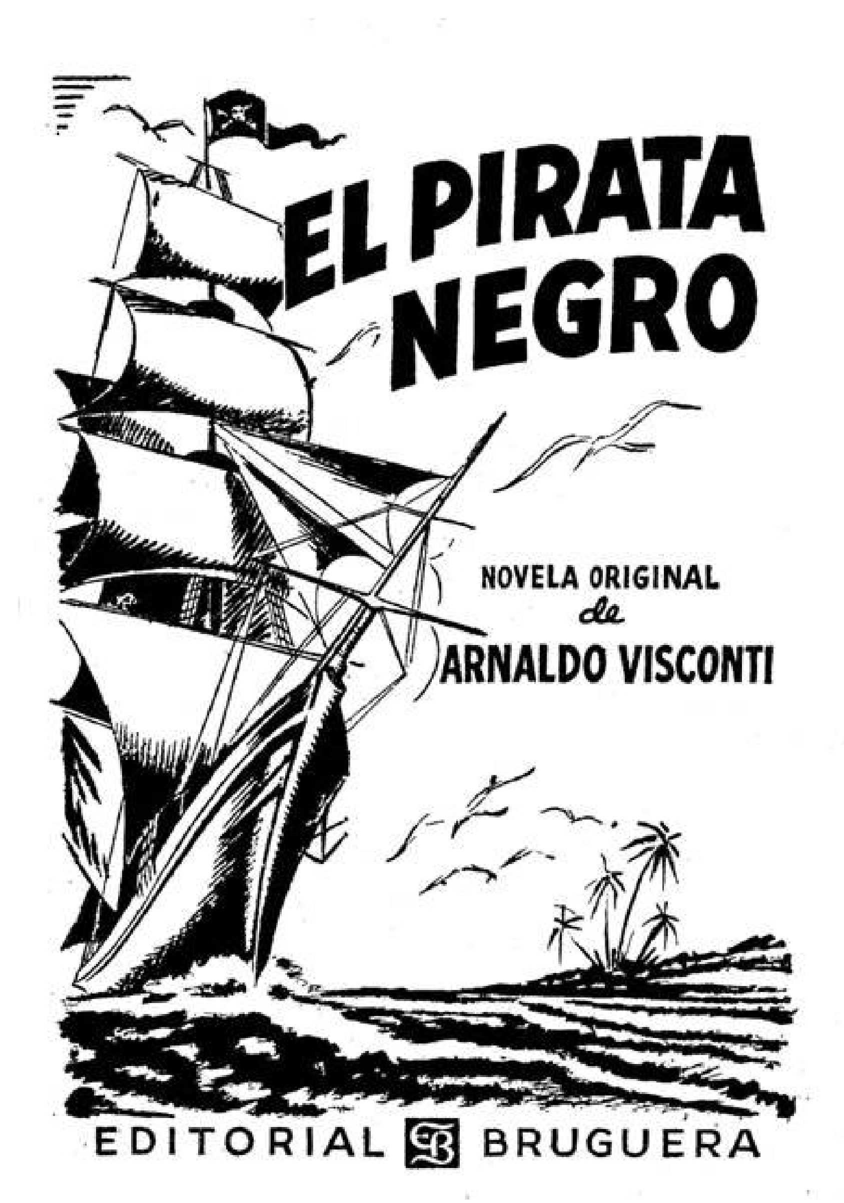
EL PIRATA NEGRO

ENE
C DIO
C TO

PROVENSAL

3
PTAS

LA AMAZONA



EL PIRATA NEGRO
NOVELA ORIGINAL
de
ARNALDO VISCONTI
EDITORIAL BRUGUERA

ARNALDO VISCONTI

La amazona

Colección El Pirata Negro n.° 53

Impreso en GRAFICAS BRUGUERA
BARCELONA
1948


La
AMAZONA

CAPÍTULO PRIMERO

Gabrielle Lucientes de Civry

La más cautivadora de las lecciones de historia, es la que nos da en Francia la contemplación de sus inigualables castillos y monumentos.

A la sombra de catedrales góticas puede fácilmente evocarse la ardiente fe, las esperanzas y los temores de las gentes de la Edad Media. Bajo los techos de las ricas abadías queda aún el susurro de la elegante sociedad de la época de los Luises.

Pero lo que más poder de evocación sugiere, son sus castillos, de los que abunda más que ninguna otra región la tierra francesa.

Encierran entre sus piedras remotos ecos de existencias anteriores, primitivas y hoscas; ruinas feudales de sombrías fortalezas donde, condes y barones encerrábanse para resistir los ataques procedentes de normandos, ingleses y vecinos turbulentos; castillos reales, de más alegre presencia, denotando la evolución de las costumbres.

Los primeros castillos feudales no eran más que construcciones militares destinadas a un fin bélico y organizadas para resistir sitios y defenderse tenazmente.

Sus espesos muros evocan tiempos de violencia y crueldad y cada una de sus piedras, al sombrearse con el crepúsculo, adquiere rojizas tonalidades sangrientas.

Pero a partir del siglo XVI, al modificarse las costumbres, los arquitectos a cuya ciencia corría la labor de edificar señoriales mansiones, aunaban la solidez de los muros con su riente exterior.

Y esos castillos eran ocupados en vez de por guerreros y sus mesnadas, por grandes señores cortesanos y amables, o financieros enriquecidos que buscaban un retiro campestre donde conciliar los

placeres mundanos y los del reposo bucólico.

A este género de castillos, respondía en su construcción, el de Civry, cuyos claros muros y hermosos torreones, alegraban aún más el encantador paisaje en que se encontraba.

Cercano al Loira, que desfilaba mansamente por la región, y no lejos de la importante ciudad de Angulema, el castillo de Civry, perteneciente a la aristocrática familia del mismo nombre, había llegado a ser propiedad de un aventurero español, por azarosas circunstancias que culminaron en su enlace con la heredera del patrimonio de los Civry.

De la boda de Gabrielle de Civry con el aventurero español, Diego Lucientes, no hubo más que un vástago, que fué Gabrielle Lucientes de Civry, cuyo nacimiento tuvo lugar en circunstancias muy trágicas, que ocasionaron la muerte de la que, dando el ser a una hija, abandonó para siempre el castillo de sus antepasados.

En la aldea de Civry y aun en la ciudad de Angulema, se recordaba los hechos cruentos que marcaron el nacimiento de Gabrielle Lucientes[1].

Lo que se ignoraba era lo sucedido entre el lapso de tiempo que transcurrió desde que la pequeña Gabrielle fué raptada por el corsario Montbar, hasta que ocho años después regresó.

Debido a la ausencia de su padre, hízose cargo de su educación y tutela, el preceptor que lo había sido de Mireya de Ferjus, marquesa y propietaria del castillo vecino a Civry.

Y un día, los habitantes de Civry y Angulema se habituaron a considerar como permanente la estancia en Civry de Diego Lucientes, el español pelirrojo y siempre bien humorado.

Como si muy a gusto cumpliera una promesa, el madrileño abandonó su sempiterno viajar y habíase establecido, con carácter de permanencia, junto a su hija, salvo un viaje anual que por carnavales verificaba a la capital.

Viaje que efectuaba solo, dejando a su hija en el castillo. Todos cuantos conocían a los únicos habitantes del castillo de Civry decretaban que formaban una pareja original, simpática y desprovista de altanería.

En la general opinión que en estos extremos coincidía, había, sin embargo, dos clanes que diferenciábanse al comentar; los varones estimaban que Gabrielle Lucientes, la linda Gaby, la muchacha

poseedora de una de las dotes más ricas de Francia, reunía todas las cualidades apetecibles en una posible esposa.

Pero le reprochaban su total ausencia de coquetería, su absoluta indiferencia a todo galanteo y su marcada predilección por los ejercicios violentos, tales como equitación y esgrima.

Las opiniones de las mujeres, calificaban a Gaby, de muchacha excesivamente independiente y mimada, concediéndole el título de la amazona, pero aun las más mordaces no podían negar que la amazona poseía, a la vez, una exquisita feminidad.

Y las mismas que opinaban, daban por supuesto que Diego Lucientes, si persistía en su viudez, era porque aguardaba a que su hija se casara.

Se basaban para, emitir esta opinión, en que veíase con toda evidencia que Diego Lucientes era muy sensible a la atracción femenina.

Los más capacitados para poder opinar sobre padre e hija, eran cinco personajes, que por su continuo contacto con ellos, podían haberse formado un concepto mas ajustado a la realidad.

Uno de ellos, era Etienne Laurent, él que fué preceptor de Mireya de Ferjus, hasta que ésta huyó para desposar al pirata español apodado el Pirata Negro.

Por su antigua amistad con Honoré Fripon, notario de Angulema y administrador de los bienes de Civry, hízose cargo Laurent de la educación de Gabrielle Lucientes.

Pero ambos no podían conservar un juicio imparcial sobre la muchacha, porque para ellos Gaby era un dechado de encantos, perfecciones y virtudes.

Para enjuiciar a Diego Lucientes, ya se consideraban más capacitados: coincidían en opinar que el que se les había antojado en un principio un aventurero loco y peligroso había demostrado ser capaz de “regeneración”.

Sin embargo, continuaban creyendo que algún día el pelirrojo del antebrazo de hierro y la honda cicatriz surcando la frente desde el nacimiento del cabello hasta el entrecejo, haría “alguna sonada”.

Otro que hubiera podido también opinar con justeza, era Robert Charles, colono y guardabosques de Civry, pero Robert Charles, misántropo y poco dado a hablar, no manifestaba nunca sus opiniones. Limitábase a declarar que estaba muy contento de servir

a Diego Lucientes.

Los restantes dos personajes que, conocían de cerca a Diego Lucientes y su hija, eran Jean Crecy y Marius Languedoc.

Maestros de armas, habían sido contratados personalmente por Diego Lucientes, después que el madrileño en su visita por las salas de esgrima de París, eligiera a los dos que a su parecer, reunieran mejores condiciones.

En un principio, tenían por misión cuidarse del entrenamiento de los caballos de los establos de Civry y de dar diariamente réplica al consumado espadachín que era Lucientes.

Después, Gaby manifestó sus deseos de aprender la ciencia de la esgrima.

Y los dos “prevost d’armes”, que al inicio de las clases, acogieron con íntima burla la loca idea de la muchacha, que casi una niña pretendía manejar espada, fueron, al pasar del tiempo, adquiriendo por la hija, el mismo respeto que espada en mano les inspiraba el padre.

Jean Crecy, ancho, macizo y dotado de una elasticidad sorprendente, ostentaba un rostro mofletudo y colorado, siempre alegre.

Marius Languedoc, magro, de faz olivácea y larga envergadura, formaba con su compañero un evidente contraste, porque en él todo era melancolía: sus ojos negros, pequeños y tristones, su bigote caído, sus lacios cabellos, su modo de andar desmadejado, sus suspiros continuos...

En aquella mañana de mayo de 1720, después de desayunar copiosamente, porque la languidez de Languedoc no era física, sino espiritual, ambos espadachines estaban en su lugar favorito.

Tendidos sobre grandes pacas de heno oloroso junto al muro posterior del establo, desde donde podían divisar la entrada a las caballerizas y a la sala de armas, gozaban del magnífico día primaveral.

Jean Crecy husmeó con fruición el aire:

—Huele a manzana, a flores y a agua limpia, lánguido Languedoc— comentó, alegremente.

Suspiró por respuesta el aludido, que mordía pensativo una brizna de heno.

—Días como estos le hacen a uno sentirse feliz. Merece la pena

vivir. Todo es bello. La campiña ríe... Somos dos sujetos afortunados, Languedoc. Buena mesa, buena cama, un trabajo que no lo es, porque tenemos afición a la espada y al caballo, y dos amos que son dos delicias. Es tan gracioso, y ella tan simpática... Bueno— añadió, después de un instante de reflexión—ella, es muy simpática, menos cuando se enfada, ¡Por mi capa, que es un torbellino cuando se enfurece! Tú reconocerás, que...

Pero de pronto se detuve asombradísimo. De los ojos de Languedoc pendían dos lagrimones lentos que empezaban a resbalar junto a la afilada nariz.

—¡Por mi capa!—exclamó, sentándose Crecy y mirando a su compañero con ojos redondos de sorpresa. ¿Te duele algo?

Marius Languedoc sorbió ruidosamente, suspiró, y con voz cavernosa, torció la boca para decir como un reo en capilla:

—La conciencia, Crecy.

—¿Eh?—balbuceó aun más asombrado Crecy—. ¿Qué dices que es lo que te duele?

—La conciencia—repitió cavernosamente Languedoc y dos nuevos lagrimones fluyeron de sus ojos—. Soy un canalla Crecy, soy indigno de que me aprecies, soy indigno de estar en Civry, soy indigno de merecer los buenos días que me dan el señor Lucientes y la señorita Gaby.

—Por mi capa...—murmuró, asustado, Crecy—. ¿Te dió la fiebre del heno, Languedoc?

—Soy un monstruo desagradecido, Crecy. Muerdo la mano generosa que me da buen sueldo, gran comida y blando lecho. ¡Despréciame, Crecy! Escúpeme al rostro... No puedo ya resistir el tormento de mi conciencia clamando mi culpabilidad.

—Oye, Languedoc, no continúes porque te juro que me estremeces. ¿Qué puedes haber hecho tú de malo? ¿Tú que eres un pedazo de hogaza mojado en el mejor de los chocolates? Explícate. porque me tienes con el alma en vilo. Tú no puedes haber cometido ninguna acción deshonrosa...

—¿No? — y rió fúnebremente el meridional—. Soy un perro sarnoso e inmundo; mi aliento empozoña y enveneno cuanto me rodea, desde el día... desde el día en que cometí... ¡Ah! Me falta valor...

Jean Crecy empezó a sentirse impaciente.

—¡Por mi capa, Languedoc! Hace diez años que juntos hemos estado siempre y nunca tuve como en estos momentos, tantos deseos de estrangularte. ¡Habla ya! ¡Confiesa lo... que sea! ¡Terminemos de una vez con esta angustia!

—Hablaré, mi buen Jean. Lo necesito. Debo confesarme. Necesito explicar. Tengo que hacerlo... ¡Ah! No sé si tendré valor.

—¿Algún asesinato?—inquirió Crecy, bajando la voz y mirando a su alrededor, aunque estaban solos.

—Peor.

—¡Por mi capa! ¡Habla ya!

—Verás... Fué a principios de año. Entré en el salón donde estaba el señor Lucientes, que estaba escribiendo. Me miró y dijo, señalando la mesa: "Aquí está el mejor retrato de mi hija, Languedoc. No dijo más y levantándose salió conmigo para examinar el caballo que acababa de dañarse un remo. Se fué para comprobar si aguantaba leguas y mientras... mientras yo cometí mi mala acción, Crecy. Como un ladrón... peor aun... como un ser que abusa de la confianza que en él depositan... entré cautelosamente en la sala donde poco antes había estado escribiendo el señor Lucientes... y espié cuanto había encima en busca del retrato, que creí sería una miniatura. No lo encontré. Había una carta aun no terminada. La leí... ¡Sí, mi buen Jean! Puedes ya escupirme... Maldíceme... La leí y copié los párrafos que retrataban a la señorita. Los copié, porque plasmaban todo aquello que soy incapaz de expresar. Y desde entonces, quemándome el pecho a través de la tela de mi jubón, llevo aquí la marca de mi crimen.

Y teatral, pero sinceramente, golpeóse Languedoc.

Jean Crecy, apremió, ansiosamente:

—¡Sigue!

—Ya está. Ya no hay más.

—¿Eh? ¿Cómo? ¿Dónde está el crimen?

Marius Languedoc sacó del bolsillo de su jubón un pergamino donde con su letra torpe y grande, había copiado unos párrafos de una carta de Lucientes dirigida al conde Ferblanc.

La tendió a su compañero, que, indignado, leyó en voz alta:

> "Quiero que la conozcas, hidalgo, para que al felicitarme por haberla convertido en mujer deliciosa,

obtenga yo la recompensa de esos años de vegetar santamente.

”Es algo magnífico. No es porque sea yo su padre, pero estudiándola imparcialmente, decreto que no hay mujer más linda, inteligente y fascinadora que la que tiene el honor de ser mi hija. Me estoy sonriendo, porque te veo torcer el bigote en mueca irónica. ¡Repámpanos! Hay que tener el valor de expresar las propias convicciones. Lo declaro abiertamente. Estoy chocho y alelado, aunque lo disimulo ante ella. Es un portento, un prodigio, algo indescriptible, pero que trataré de describirte.

”Sabe cuanto necesita saber una damita de alcurnia, pero siguiendo tus consejos, he procurado que nada de pedantería, haya en ella. Tiene vitalidad propia. Monta como una amazona, maneja la espada como un mosquetero del Rey, a veinte pasos descabeza un bastón de un pistoletazo, es el terror de los dañinos granujas de la comarca... y, sin embargo, es exquisitamente femenina.

”Bien sabes que si me hubiera salido marimacho o pedantuela, te lo diría. Pero no hay tal. Es encantadora, alegre, afable y un tantillo... descarada. A ratos, su mismo donaire, la hace aparecer atolondrada, lo cual es un encanto más.

”Físicamente, un rostro adorable. Nariz un poco respingona, ojos grandes azules, y labios deliciosamente curvados que nada tienen de la pueril niñez de esas boquitas de piñón. Un mentón suave pero de firme trazado. Cabellos rubiorojizos, cobre al sol... Un cromo exquisito.

”Aun no la he conducido a pavonearse por las cortes. Armará un zipizape, porque su belleza nada tiene de la sosa estatua clásica, sino que es dulce y endemoniada a la vez. Próximamente nos daremos un “garbeo” por París, Londres y los principados germánicos, para que vea mundo y... lo vea yo también, que hasta ahora he sido un monástico campesino.

”Su preceptor, que lo fue de tu esposa, está ante ella

> como un asustado pagano ante su ídolo. Y yo, como el escultor que ha realizado una obra de arte donde bajo el mármol hay pólvora escondida.
>
> ”Habitualmente sus ojos están llenos de bondad, con ese mirar honrado que suelen tener los niños cuando nos abrazan. Son lagos azules, cálidos y bondadosos, que de pronto pueden tener la frialdad de la misma nieve, y convertirse en el centelleo de dos chispas de zafiro.”

Allí terminaba la copia efectuada por Languedoc.

—Es un gran talento, pluma en mano, el señor Lucientes—comentó, admirado. Crecy—. ¡Eso sí que es el vivo retrato de la señorita! ¡Tal como ella! Es idéntica... Bueno, pero ¿y dónde está tu crimen?

Mientras recogía Languedoc la copia que le tendía su amigo, replicó, contrito:

—La amistad que me tienes, te hace excusarme, mi buen Jean. Pero soy culpable de un abuso de confianza.

—Escucha, pedazo de alcornoque. Me asustaste... y no ha pasado nada. Tu acción nada tiene de feo.

—¿No? ¿Cómo puedes decir eso?

—Porque... aunque lo conserves secreto, a mí no puedes ocultarme nada. Yo sé que tú, respetuoso y como un trovador, amas a la señorita. La amazona es tu ideal de mujer. ¿No es cierto, Languedoc?

—¡Ah, sí, mi buen Jean!—suspiró hondamente el enamorado—. Sólo tú lo sabes y ante ti tengo perdón porque conoces mi impulso, el motivo por el que cometí esta acción. Pero debo confesárselo al señor Lucientes.

—Si lo haces, será confesar, a la vez tu amor por la amazona. Debes callar, Languedoc. Créeme, sigue conservando tu secreto.

—Tú siempre fuiste mi consejero. ¿Debo, pues, callar?

—¡Natural! Y ahora, que ya estoy tranquilo, puedes seguir suspirando, Languedoc, en vista de que ni el señor ni la amazona, vienen a solicitar nuestro servicio.

Languedoc tumbóse boca abajo en el heno y Crecy boca arriba empezó a silbar alegremente.

Aquella pacífica escena se truncó, cuando un caballo a todo

galope vino a detenerse frente a los dos hombres, encabritándose de remos delanteros al brusco parón de riendas.

El jinete saltó a tierra cuando aun el caballo no había vuelto a colocar los cascos delanteros en el suelo.

Languedoc y Crecy pusiéronse en pie y sus semblantes inquietos, denotaron que olfateaban próxima tormenta.

El jinete, esbelto y de delicadas facciones, vestía jubón y calzas de piel parda, calzaba unas botas de primorosa confección y cubría a medias sus rubios cabellos de rojizos reflejos a la luz del sol con un gorro de caprichosa confección.

Los largos bucles reposaban en los hombros. En el cinto no llevaba arma alguna, pero en la diestra empuñaba una fusta que estaba cimbreando azotando el aire.

—Espléndido, espléndido — dijo el recién llegado, con melodiosa voz femenina—. Tomando el sol como lagartos, ¿eh? ¿Has comido bien, mi querido Crecy? Tus mejillas rebosan salud. Buena panza ¡repámpanos! Y tú, sombrío Languedoc, ¿qué tal estás? El día es hermoso, ¿no es cierto? Tenéis todo el aspecto de dos justos varones, incapaces de nada tenebroso. Acércate un poco, Languedoc, quiero verte el rostro de taimado traidor, parlanchín y falso.

Marius Languedoc descendió de la pila de heno y más clara la tez, acercóse a Gabrielle Lucientes de Civry, que en aquellos instantes tenía en las azules pupilas lo que su padre describía como “frialdad de nieve y centelleo de dos chispas de zafiro”.

—Parece que palideces, Marius, ¿o es visión de mis ojillos?

—Temo, señorita, que estéis enojada conmigo. Y desearía tanto no enojaros, que suspiro por saber pronto la causa de vuestro enfado.

—¿Con que suspiras, eh, encanto? —sonrió ella, rabiosamente—. Escucha, arenque ahumado... Ya una vez te dije que si le andabas con “chivatazos” a mi padre íbamos tú y yo a medirnos los puños. Acabo de enterarme que anoche le dijiste a mi padre que yo había peleado con Toinon, el de la alquería del cerro.

—Si, señorita—dijo con toda la dignidad que pudo reunir el calificado de “arenque ahumado”—. Vuestro padre nos recomendó, tanto a mí como a Crecy que os vigiláramos, cuando percibiéramos que os disponíais a efectuar algo arriesgado. Comprendedlo,

señorita. Sois dama. Sois joven. Hay mucha maldad en el mundo.

—¡Calla, lenguazas! — gritó ella, furiosa.

—Calla, lengüitas—dijo una voz, brotando inesperadamente de la parte posterior de las grandes pilas de heno.

Gabrielle Lucientes ladeóse, para intentar sonreír inocentemente al que vino junto a ella.

Diego Lucientes se pellizcaba el extremo de la nariz, ojeando alternativamente al cohibido Languedoc, al divertido Crecy y a su hija que trataba de adivinar cuanto era lo que había oído el que ahora acababa de interrumpirla.

—El ruido de tu caballo loco me atrajo, Gaby. Llegué desgraciadamente demasiado pronto, porque me ha sido dado el oír la finura y la delicadeza con la que te expresas. ¡Repámpanos! ¡Maldito sea yo si me hace gracia oírte! ¡Vete inmediatamente a cambiarte de ropa y aguárdame, que tú y yo vamos a echar una parrafada larga!

—Buenos días, papá—dijo ella, a modo de réplica, yendo a besar en la mejilla al autor de sus días—. Salí, esta mañana pronto y tú todavía dormías, por eso...

—No escurras el bulto... Bueno, quiero decir, que no finjas apartarte de la cuestión. Reconoce que no debes guardarle inquina a Languedoc. Él, como yo y como todos los que te queremos, intentamos evitar que con tus genialidades de consentida, corras ningún peligro... Estás de nuevo vistiendo ropas que no te pertenecen. Procura, ya que vistes de hombre, actuar, como lo haría un hombre. Veamos ¡espero!

Gabrielle Lucientes sonrió. Le había ya pasado el enojo. Dió una palmada en el hombro de Languedoc.

—No ha llegado la sangre al río, ¿verdad, Languedoc? Si estuve brusca, perdóname. Soy una muchacha con nervios. Comprendo que tú me vigilas por mi propio bien, pero me revienta. Perdón—añadió, presurosa—. Voy a mudarme, papá. Y te aguardo, según tus gratísimas órdenes, para mí indiscutibles y acatadas con enorme placer,

Y ondeando la mano, marchóse ella con paso saltarín, riendo satisfecha,

Y era también satisfecha la expresión con la que Lucientes, Crecy y Languedoc la miraban alejarse.

Tosió de pronto Lucientes, y los maestros de armas, adquirieron un semblante serio y atento.

—Esta mañana no le daréis ejercicio de armas a mi hija. Tú, Crecy, vete a desbravar al potrillo bayo. Tú, Languedoc, te llegarás hasta Angulema a comprar el arzón plateado que el otro día vimos en la curtidora de maese Torchon.

Jean Crecy se había ya marchado. Languedoc iba a hacer lo mismo, cuando se detuvo a una señal de Lucientes, que, sonriendo, comentó:

—No te ofusques por lo que pueda decirte mi hija, “Guedoc”.

—No me ofusco, señor. Serviros a vos y a vuestra hija, es para mí un gran placer y honor. Dudo que en el mundo existan amos tan justos, cariñosos y generosos como vos y vuestra hija. Quisiera que el cielo me diera ocasión de perder la vida por vos o vuestra hija.

—Consérvala y será mucho mejor. Te apreciamos, “Guedoc”.

Torció Marius Languedoc la boca y, de pronto, exclamó:

—¡No puedo, señor! ¡Tengo que confesarme!

Sorprendido por las dos exclamaciones, Lucientes volvió a pellizcarse el extremo de la nariz, que era su modo de expresar perplejidad.

—¿Confesarte? En Angulema hay párroco.

—Se trata de algo que ocultaba, señor. ¡Esto!—y teatralmente, extrajo Languedoc la copia, que tendió a Lucientes.

—Y eso ¿qué diablos es?

—Leed, señor y conoceréis mi crimen.

Empezó Lucientes a leer, pero no terminó. Miró cejijunto al espadachín.

—Corrígeme si me equivoco, Marius Languedoc. Pero esto está copiado de carta que envié yo a un amigo mío, el conde de Ferblanc.

—Lo hice... aquel día... que vos dijisteis que era... un retrato, el mejor retrato de vuestra hija. ¡Escuchadme, señor! ¡Mandadme azotar por los lacayos!

Y el ingenuo carácter bondadoso de Languedoc, hizo que, avergonzado, ocultara el rostro entre las manos. Duró el silencio un momento y la risa de Lucientes fué creciendo hasta cesar.

—Has dicho azotar por unos lacayos. Te haré confidente de algo que me sucedió a mí siendo muy joven. Por entonces andaba yo por

Madrid. Envié poesías a una damita... y el padre me hizo dar palos por los lacayos. Sé, pues, por experiencia, lo que un padre no debe hacer, cuando ni poesías, ni hurtos son ofensivos. Tardaste en confesar, Languedoc, pero sé comprenderte. Lo siento... Pero también puedo asegurarte que esos amores ideales pasan, se esfuman... No enrojezcas, Languedoc. ¿Es acaso vergonzoso el que ames de lejos e idealmente a la amazona? No invoques la diferencia de clases. Ella es una mujer y tú un hombre. Pero Gaby es muy niña. Tiene mente de muchachote. No se ha dado cuenta de tu mirada de iluminado cuando la contemplas. Yo sí... Vete tranquilo, Languedoc. Tu secreto seguirá siendo secreto, mientras continúen las cosas como están y tú no cambies de modo de ser. Ahora bien, si Gaby se da cuenta, porque su mente se transforma, entonces... tendré que decirte que te largues, trovador. Y te agradezco que sepas conservar el silencio. Una sola palabra a ella y creo que te daré personalmente una paliza.

—¡No habrá tal, señor! ¡Os lo juro! Para mí, es como una estrella del cielo.

—Así sea. Puedes ahuecar, Languedoc. Y si mal de muchos, consuelo de algunos, consuélate, Languedoc. Muchos son los que, como tú, están enamorados sin esperanza de Gaby. ¡Repámpanos! Es que mi hija vale un rato largo.

Encaminóse Lucientes hacia el castillo, mientras Languedoc alejábase, libre de la pesadumbre de su conciencia atormentada.

En la pequeña sala de estar, que a modo de vestíbulo daba entrada a la biblioteca. Etienne Laurent leía absorto un libro que trataba del esplendor de la era fenicia.

—Menos fenicios, Etienne y más estudio de los seres de carne y hueso que viven a vuestro alrededor—dijo Lucientes, sentándose ante el preceptor.

Etienne Laurent tenía un gran afecto por el pelirrojo aventurero, pero íntimamente sentía también algo de pánico, siempre que las frases que con él cambiaba tenían algo de obscuro.

—Os debéis dar cuenta que Gaby necesita cambiar algo de ambiente, Etienne. Siempre a caballo recorriendo bosques y cerros, la convertirán en una salvaje. Por suerte, vos le habéis dado buenas enseñanzas, pero debisteis también irle inculcando la idea de que el mundo entero no se reduce a Civry.

—Gaby es feliz. Siempre me asegura que es inmensamente feliz.

—Por ahora, sí. Pero tiene ya dieciocho años. Necesita, pues, enamorarse. No me miréis como si tuviera una gaviota asomándome por la boca. He dicho que Gaby necesita enamorarse. Es una ley fatal. Todos necesitamos amar, en este disparatado mundo. Nos es preciso un poco de ternura....

—Ella os tiene y también a mí me tiene afecto.

—¡Sois un asno erudito, Etienne! Yo si me dejara guiar por mi egoísmo de padre, no quisiera que nunca saliera Gaby de estos muros y de estos contornos. Pero os repito, que el problema humano reside en hallar la sencilla ternura de un amor compartido. Yo voy para viejo y algún día puedo tropezar en huesa donde me pudriré. Quisiera al menos poder comprobar que Gaby ha encontrado la mitad que a todo ser humano, por débil ley de naturaleza, le falta.

—Sinsabores trae el amor — dijo, doctoralmente, Laurent.

—¿Y me lo decís a mí? Sois un simpático cretino, Etienne. Es indudable que hay penas y tristezas en los amores, pero ¡son tan hermosos! Mi hija tendrá que pasar por esta dulce enfermedad. Quiero al menos ser yo, el que, a modo de cirujano, esté a su lado, si las cosas van mal, que no creo. Por eso he decidido empezar la serie de viajes, que anualmente haremos a distintas cortes. Empezaremos por París. Que frecuente la sociedad, que conozca a galanes... y que salga el sol por donde haya de brillar. Vos nos acompañaréis. Vuestro aspecto de conejo sabio y bueno, nos inculcará sensatez a ella y a mí. Bien, allí viene el portento.

En el umbral se detuvo unos instantes Gaby, para dar una vuelta sobre sí misma, extendidos los brazos.

—¿Dais vuestra aprobación, mi señor criticón?—inquirió.

—Esas ropas son las que te pertenecen, amazona. Encajes, sedas, lazos, terciopelo, joyas y perfumes. Ven acá, siéntate y escucha atentamente. Tu preceptor, que es hombre docto y sabihondo, estaba diciéndome de un día a otro, que te es preciso viajar, conocer cortes y apartarte una vez por año y durante algún tiempo, de este rincón perdido.

Desligó ella una mirada poco amena hacia Laurent, que se encogió en su sillón, intentando dar a su rostro el aspecto de total apartamiento de la cuestión en litigio.

—¿Para qué quiero viajar, si aquí estoy muy a gusto?

—Aunque sólo sea para hacerme compañía, mocosa. No voy a estar yo yendo siempre sin alguien con quien comentar, cuando me doy una escapada hacia París. He decidido que vayamos los tres a París. Regresaremos mediado el verano. Quiero que conozcas la corte... y sus galanes. Que veas cómo visten las otras mujeres... Eres un caso de estulticia incomprensible, Gaby. No te interesan las modas, no quieres leer noticias de Paris. Tú, ¿qué eres, una mujer o un desbravador de jacas? .

—Yo soy una mujer, muy mujer... Y tú lo sabes, porque no hace más de dos semanas tuviste que tirarle de las orejas a Toinon, porque venía a echarme flores a brazadas cuando yo no le veía.

—Por cierto, ¿por qué ayer tarde tú le sacudiste a Toinon una paliza impropia de ti? Os tirasteis de las greñas y aunque él salió huyendo, no creas que fué porque le venciste. Fué que le asustaste. Un hombre no puede pelear a brazo partido con una mujer.

—Toinon es un cobarde. Tiene dieciocho años, es más largo que una noche sin sueño y, sin embargo, no tiene vergüenza de venir a depositar flores bajo mi ventana. Por eso le di palos, porque hasta que no supe yo que era él quien colocaba las flores, jugué con él como un buen compadre y el muy traidor va y hace tonterías con sus flores.

—Es lamentable, hija, pero me doy cuenta que nada tienes de espíritu poético. Oye: por cierto, hace unos instantes, me decía el señor Laurent que sería curioso saber si tú conservas secreto algún amor. Decía que le extrañaba que tú no desearas ya tener un prometido.

Gabrielle Lucientes miró airada a su preceptor, pero de pronto sonrió.

—Eso no lo ha dicho mi maestro, sino tú, papá. A mí los hombres, ¡bah!—y tomó ella un aire despreciativo—me tienen totalmente sin cuidado. Me parecen desprovistos de todo interés. A lo más, reconozco que pueden servirme para esgrimir. Nada más.

—Siempre odié los niños precoces, Gaby, que se envejecen la existencia anticipadamente. Pero tienes ya dieciocho años. Hora es ya de que pienses que el estado natural de la mujer es el de casada.

Levantóse ella y vino a rodear el cuello de su padre en abrazo suave, para susurrar a su oído:

—Cuando encuentre a un galán que sea como tú, entonces me casaré. Mientras, estoy muy bien como estoy.

—Gracias por el requiebro, hija. Bien, ahora vete a preparar tu equipaje. Cuanta ropa tengas, joyas y perfumes. La amazona debe quitarse el olor a establos y aceros.

Marchóse ella y a solas con Laurent, Lucientes suspiró:

—Aunque por causa distinta, hago como el buen Languedoc. Esta muchacha lo tiene todo. Bonita, inteligente, rica... pero está dormida a la verdadera vida. Ignora lo que es amor. Espero que en París despertará.

—Perdonad, señor Lucientes—dijo, con algo de titubeo, Laurent —. ¿No creéis que mejor sería que siguiera en esta ignorancia?

—¡No! Si continuara así hasta sus setenta, años, bien. Pero yo no quiero considerarme culpable algún día, en que por faltar yo, ella despierte de pronto e inexperta, sea juguete del primer canalla que se presente. Mientras estoy vivo, quiero servir de escudo contra los primeros dardos de Cupido, si han de ser dañinos. ¡Repámpanos! Tiene dieciocho años. Yo, a los quince, ya escalaba balcones... Bien, corramos un tupido velo. Id a preparar vuestro bagaje. Esta misma tarde saldremos camino de París.

Capítulo II

¡París!

La visita a París siguió un orden paulatino, impuesto por el mismo Lucientes. Extasióse primero Gaby ante los hermosos palacios y jardines; después, las galerías de pinturas y las salas de conciertos, empezaron a suscitarle discretos bostezos.

La concurrencia a recepciones, donde los delicados bailes y la exquisita cortesía de los elegantes, complementábanse adecuadamente, interesaron vivamente a Gaby.

Era un mundo nuevo, desconocido, para la mujer que había crecido en el castillo de Civry, alejada de toda reunión social y no teniendo más trato que el de un viejo y paternal notario, un viejo y bondadoso preceptor y los demás individuos pertenecientes a la servidumbre del castillo.

Las expresiones almibaradas de los galanes, las frases ingeniosas y muchas veces con doble sentido de las damas, las amables intrigas que se fraguaban en los esplendorosos salones, eran novedades que sembraban cierto desconcierto en el ánimo de la amazona.

De regreso de una de aquellas fiestas, a las que Diego Lucientes y su hija eran bien recibidos, no ya por sus caudales, sino por su buena presencia y amena conversación, el madrileño quitóse la capa y aproximándose al espejo miróse complacido en él.

Su rostro seguía siendo el de un truhán regocijado y en sus pelirrojos cabellos, no asomaban aun las canas. Sentíase joven, gallardo y pujante.

Dedicóse un guiño amistoso a su propia estampa.

—Eres feo, pero les gustas. Resultas un viudo atractivo... ¿Qué pasa?

Su pregunta iba dirigida a la puerta donde acababan de sonar

unas repiqueteos. La casa comprada por Lucientes en París, estaba situada en la confluencia de las calles Auxerrois y Durband.

La rodeaba un parque y era una de las mejores de París. Había pertenecido a un adinerado especulador, que se arruinó por exceso de atrevimiento. Su mobiliario era suntuoso y reunía condiciones inmejorables.

Aproximóse Lucientes a la puerta de la antesala de su alcoba y abrió.

—Ya me diste las buenas noches, Gaby.

—Vine para consultarte varias cosas—dijo ella, entrando—. Antes que se me olvide, te felicito.

—¿Por qué?

—La señora viuda de Asnieres te persigue ignominiosamente. Es bonita y me he dado cuenta que está ansiosa de que te cases con ella.

—No soy yo quien vino a París a casarse, Gaby. Supongo que no viniste a consultarme mi opinión sobre la señora viuda de Asnieres.

—Eres mayor de edad, papá.

—Gracias, hija.

—Dicen todas que eres muy agradable.

—¡Un rayo las parta a ellas y a ti! —bufó Lucientes—. En vez de interesarte en lo que de mí puedan decir, preocúpate de los madrigales que inspiras.

—Me preocupan. ¿Crees que soy orgullosa?

—No. No lo eres.

—¿Soy desdeñosa?

—Eso dicen los caballeretes.

—¿Y qué culpa tengo yo? Hasta ahora no he oído a ninguno de ellos, por más tiempo de media hora, sin que me entren deseos de decirles que son unos imbéciles. Ponen ojos en blanco, me piden un pañuelo, quieren saber si me gustan las poesías de Ronsard... Unos imbéciles. Yo preferiría oír hablar de caballos, de duelistas...

—No te engañes, Gaby. Esos caballeretes perfumados, son muy hombres. Son franceses y por añadidura parisinos, lo cual quiere decir que para matar a un hombre, le piden primero perdón con suma exquisitez. Es natural que te hablen de lo que se le habla a una mujer.

—Me aburren. Aseguraste una vez, a poco de llegar, que yo

sabría lo que sería amor cuando al ver a un caballero me produjera emoción, o deseo de estar oyéndole. Hasta ahora, eso no me ha ocurrido. ¿Seré incapaz de amar?

—Me pones en más aprietos que... Todo llegará, hija. ¿Qué más quieres consultarme?



—¿Crees que soy orgullosa?

—Todos saben que no pueden darme citas, porque tú lo sabrías. Sin embargo, ha habido uno que me ha escrito. No sé de qué medios se valió, pero el caso es que en mi escarcela he encontrado esta carta. Léela, es muy graciosa.

—Léela tú. Me encanta tu voz.

—"Señorita—declamó burlonamente, Gaby—. Desde que os vi, mi corazón repite constantemente vuestro nombre. Dignaos concederme una entrevista. Por mi alcurnia debo conservar el incógnito. Permitid que os visite en vuestra casa durante una ausencia de vuestro padre. Mi intención es honorable, pero os reitero mi necesidad de conservar secreta mi personalidad. Bastará con que dejéis asomar un pañuelo por el balcón de vuestra habitación y correré a arrodillarme ante vos".—Y Gaby, volviendo a su tono natural de voz, añadió: —No hay firma.

—¿Supones quién puede ser?

—Ni lo más mínimo.

—¿Deseas saberlo?

—Deseo que me dejes retar a duelo a este insolente. ¡Porque es

un insolente!

—¿En qué lo percibiste?

—Porque quiere que estés tú ausente. Y dicen que si una dama recibe a un caballero no estando presente algún familiar, es una coqueta. Y yo detestaría que me tuvieran por coqueta.

—Bien. Entonces, mañana a las diez deja colgar un pañuelo en tu balcón. Me dejarás recibir a solas a tu misterioso admirador. Es a mí a quien ofende y no a ti. Además, de una vez por todas, recuerda que eres una mujer y los que se baten en duelo son los hombres.

—Me dijeron que la bella Violante retó a duelo a...

—A otra mujer. Pero adquirió mala fama. Te juro que si te da la ventolera por retar a alguno de tus galanes, yo te serviré de testigo, pero será con un palo y tundiéndote las costillas. Ahora a dormir, que el trasnochar es mala costumbre.

—Tú afirmas que la luna es más alegre que el sol.

—De lo que afirmo a lo que se debe hacer va un gran abismo. Buenas noches, tortura adorada.

A la mañana siguiente, un pañuelo blanco ondeaba en un balcón de la casa situada en la confluencia de las calles Auxerrois y Durband.

Un embozado, después de ciertos titubeos, quizá asombrado de su rápida victoria, vino a cruzar el parque, llamando en la puerta.

Había visto salir a las nueve y media al pelirrojo dueño de la mansión y padre de la hermosa provinciana.

Un lacayo abrió y con cómplice silencio le acompañó hasta una sala, sin pedir nombre ni extrañarse ante el visitante que mantenía alzado el embozo de la capa.

—Mi casa tiene dos puertas y pese a eso, la sé guardar, caballero.

Diego Lucientes entró en la sala a medida que iba hablando. El visitante quedóse como petrificado y cayó su embozo.

—¡Hola, hola! ¿No sois, per ventura, el caballero d'Artois?

—Excusadme, señor—dijo el noble, recuperando su dominio de sí mismo.

Louis d'Artois, afamado espadachín, tenía cierto parentesco con el Rey, por enlace de una de sus hermanas con uno de los hijos naturales del monarca.

Avezada a muy embarazosas situaciones, procuró sacar el mejor

partido de la que se le presentaba.

—Excusadme si no me hice anunciar. Deseaba visitaros y aproveché el hallarme por las cercanías para llamar a vuestra puerta.

—Mirad esto—y Lucientes señaló su frente, donde la cicatriz resaltaba enrojecida—. Cuando conservo mi calma a precio de un gran esfuerzo, hay una pincelada roja en mi hermosa frente. A vuestras espaldas hay un espejo y se me antoja que mi cicatriz está colorada como un tomate maduro. Aquí dentro sólo estamos vos y yo, por tanto, deduzco que el objeto molesto que me exaspera, sois vos.

Louis d'Artois simuló una leve reverencia.

—Vedme contrito de suscitar vuestro enfado, caballero—dijo, irónicamente.

—La carta que escribisteis a mi hija es detestable, estúpida. Os tenía por un cortesano inteligente y me habéis demostrado que sois un conquistador de aldea, fatuo, imbécil y villano.

Louis d'Artois fué irguiéndose y centellearon sus ojos a cada epíteto que suavemente pronunció Lucientes.

—Estáis en vuestra casa, caballero y la cortesía me impone el no interrumpiros. Pero os juro que no vine en busca de un duelo. Vos me obligaréis a ello.

—Para todo habrá tiempo. Vos os permitisteis una carta. Yo puedo permitirme daros la respuesta. Mi hija la leyó y derramaba abundantes lágrimas... Sí, lloraba de risa. Era la primera carta de presunto caballero que recibía y vos seréis culpable de que forme un concepto muy pobre de las cartas de amor. Por suerte, ella no sabrá quién sois. La he ordenado que con su preceptor me esperen en el jardín de Rondpoint, y allí lejos no sabrán quién sois. Mi hija es inocente, aunque sea mi hija. No supuso que vuestro incógnito no era más que ardid de hombre que luego hubiérase jactado de haber sido recibido a solas por la que todos empiezan a llamar la desdeñosa, sin serlo. Mi hija no ha encontrado aun a un caballero. Ha visto sólo a muñecos... pero al menos esos muñecos eran gente honorable. Vos sois un canalla, caballero d'Artois... No palidezcáis, porque si a mí me llaman Lucientes mi cutis no se altera. La mención de nuestro nombre no ha de molestarnos. Decidme, ¿sigue bien vuestra esposa? ¿Y vuestros hijos?

Louis d’Artois forzó una sonrisa, pero sus ojos rezumaban ira.

—Agradezco vuestro interés por mi esposa y mis hijos, caballero.

—Consideradme a los pies de vuestra esposa. Y ahora, decidme d’Artois: si a vuestra hija la cortejara en secreto un hombre casado, ¿qué haríais? Debo informarme, porque estoy en la capital de los buenos modales, aunque el vicio tenga esta máscara.

—No hay vicio en enamorarse, caballero. Al menos, los que no somos españoles o provincianos, estimamos que ni viudos ni casados, están libres de enamorarse.

—Hay algo llamado decoro, que antes de ser padre, ignoraba yo. Ahora, en cambio, me he vuelto tan decoroso, que me da náuseas el veros.

—Os juro que no vine a veros, caballero.

—Sois un encanto, d’Artois. Aclaradme, ¿qué haríais vos si un supuesto caballero intentara obtener de vuestra hija unas entrevistas, siendo para colmo casado?

—Con muchas menos palabras de las que vos habéis empleado, le habría citado para el amanecer siguiente en el Pré de Saint-Germain. Estoy a vuestra disposición, a la hora que citéis y con el arma que elijáis.

—Esta es la diferencia entre vos y yo, d'Artois. Hubierais tratado como a un caballero al que os infiriera la peor de las injurias. Yo no. Entrasteis embozado y por la puerta. Vais a salir tullido y por el balcón.

Louis d’Artois retrocedió un paso.

—Suponiendo que confiarais tanto en vuestros músculos, que creyerais posible emplear conmigo artes de pelea tabernaria, impropia de caballeros, os advierto que proclamaría por todo París, que por miedo a usar la espada, acudisteis a la fuerza bruta de vuestras manos.

—Hacedlo tranquilamente desde el lecho en que os voy a enviar. Yo, a mi vez, lograré que todo París se desternille de risa, leyendo vuestra carta y comentando que el padre vengador os dió de palos. Hay una lección que aprendí aquí en París. Un parisino lo resiste todo... menos el ridículo. Y ahora, lamentad vuestra ignorancia de las artes de la pelea tabernaria.

Iba d’Artois a desenvainar, pero ya la mano de hierro que encubría Lucientes bajo la manopla izquierda, abatióse

pesadamente sobre el hombro derecho del parisino.

Doblóse d'Artois bajo el golpe, mientras en su nariz el puño derecho de Lucientes se aplastaba y en su estómago una rodilla trababa contacto en choque rudo.

Cayó al suelo medio desvanecido el gentilhombre.

—Aguardaré a que os pongáis en pie. Me repugna inclinarme ante un sujetó como vos, d'Artois. Levantaos. No tenéis más que la nariz tumefacta y os quedan dos ojos y muchos dientes.

Intentó d'Artois, semiinconsciente, arrastrarse hasta el abierto balcón. Lograba ya enderezarse, cuando la diestra de Lucientes le asió por el coleto.

Fueron varios puñetazos que amorataron los ojos y labios del vanidoso conquistador. Y cuando estaba sumido en total desvanecimiento, sangrante el rostro y desgarrado el jubón, llamó Lucientes a dos lacayos.

—Recoged eso:—dijo, señalando el cuerpo sin sentido de Louis d'Artois— Metedlo en una carroza y depositadlo en cualquier barrizal del exterior. Limpiad bien la carroza después.

✲ ✲ ✲

En los jardines de Rondpoint, Gabrielle Lucientes, acompañada de su preceptor, se puso en pie cuando se aproximaba Diego Lucientes.

—He estado pensando, papá, que por esos jardines podría yo a temprana hora de la mañana, montar a caballo.

—Puedes. Te acompañará el caballerizo Leducq. Pero confieso que eres un desastre, querida. Pareces carecer de lo más elemental que posee la mujer, careces de curiosidad. Sabes que he recibido la visita de tu admirador y ni te interesa saber quién es. Prefieres enterarte si esos jardines y los prados de París pueden servirte para galopar.

—Echo muy de menos la caricia del aire azotando mi rostro. Te prometo no vestirme con ropas masculinas. Vestiré el traje de amazona que tu mismo adquiriste para mí, apenas llegamos.

—Bien. ¿Sigue sin interesarte saber quién era el que pedía la complicidad de tu pañuelo?

—Tenía que ser un canalla.

—¿Por qué?

—Porque empezaba con deslealtad, pidiendo tu ausencia. Un

caballero no pide citas así.

—Progresas.

—¿Quién era?

—Un sujeto desleal, feo y presumido. Un mequetrefe.

—¿Le diste una buena paliza?

—Ya bien servido.

—Entonces, ¿mañana puedo ya salir a temprana hora a cabalgar?

—Con Leducq.



Al cuarto día en que había empezado sus matutinos paseos, Gabrielle Lucientes galopaba, como siempre, entregada al placer del ejercicio, ignorante de que el destino había dispuesto que un paraje umbroso del Pré Saint-Germain, fuera el lugar donde también, sin darse al principio cuenta, el amor surgiera a su paso, llenando para siempre su existencia de zozobra, éxtasis, llantos y atroces penalidades.

El caballo montado por Leducq, el caballerizo permanente en la casa de los Lucientes en París, tropezó en un seto, y resentido del remo, empezó a cojear.

Desmontó Gabrielle, y tras examinar cuidadosamente con cariño el remo dolorido del animal, aconsejó a Leducq que fuera frotando la parte lastimada, hasta lograr que la sangre circulara de nuevo libremente, con lo que cesaría el hormigueo que hostigaba al caballo.

Obedeció Leducq, y ella, a pie, anduvo unos instantes por el bosque circundante.

De pronto, al ir a atravesar unos setos, se detuvo. Al otro lado acababa de oír una voz mesurada, que decía: —Cité sin padrinos porque los tres juntos me resultáis escasos adversarios, caballeros.

La voz era cálida, aterciopelada, viril… Produjo en ella una inexplicable sensación que no supo definir. Lo cierto es que, sintió curiosidad por ver al que había hablado, y aproximándose a un claro del seto, contempló a escasa distancia a cuatro individuos, vestidos elegantemente, portando espada.

Más allá, cuatro caballos estaban atados a sendos troncos.

El que hablaba daba la espalda a Gabrielle Lucientes. Era alto, su destocada cabeza ostentaba unos negros cabellos, libres de

artificio de peluca o polvos.

Vestía sobriamente, con distinción, una entallada casaca, que ponía de relieve la esbeltez de su cuerpo. Sus piernas, recubiertas por un calzón de obscura tela, y sus pies, calzando botas de negra piel lustrosa, formaban un triángulo con el suelo de verde césped, al adoptar el desconocido una postura desafiante.

Uno de los tres que estaban ante él, exclamó:

—¡Bastante honor os hicimos, Cheij Khan, al acudir al campo de duelo! Y no estamos dispuestos a toleraros bravatas impropias de un caballero que se estime.

—Deseo tan sólo haceros comprender que es inútil que os esforcéis en abandonar la existencia por motivos fútiles—dijo con amable entonación Cheij Khan.

—No es futilidad—replicó otro—. Al menos así no llamamos en París al hecho de que vos ayer os permitierais exigirnos que abandonáramos el palco que ocupábamos en el teatro “des Arts”.

—Os lo pedí cortésmente, caballeros. En París he recibido muchas lecciones de cortesía. Vosotros, si no queríais abandonar el palco, ¿por qué no os quedabais allí?

—No quisimos alborotar. Por eso os retamos para esta madrugada.

—Por eso os digo que no pedí padrino, porque os ofrezco dos alternativas: os retiráis después de reconocer que os comportasteis cobardemente al iros del palco, o, en caso contrario desenvainad los tres y atacadme a la vez, porque sois muy poca cosa para mí.

Dos de ellos iban a imprecar, pero el tercero les aplacó con un ademán. En su rostro había una mueca astuta.

—No hay testigos, amigos míos— dijo, tomando por oyentes a los otros dos—. Ese hombre no es un caballero de sangre noble. Es un árabe mezclado de español. Un pendenciero que goza fama de espadachín. Un actor de pantomima, un arlequín, un contorsionista...

—Todo eso soy, tú que hablas—interrumpió Cheij Khan, siempre con voz reposada—. Y por eso mismo, como soy muy superior a vosotros tres, os cedo la posibilidad de huir. El día es fragante, huele a primavera y este verde césped se ensuciaría con vuestra sangre.

El mismo que antes había apaciguado a los otros, volvió a

repetir su gesto de contención.

—Sosegaos, amigos míos. Ved que el excelentísimo Cheij Khan, gran señor árabe, se supone en su desierto, donde podía disponer de vidas y voluntades. Pero ha olvidado que está en una ciudad civilizada, la más civilizada de las capitales. Vamos a enseñarle que no se puede retar impunemente a tres caballeros.

Gabrielle Lucientes, desde su escondrijo, contemplaba la escena con una zozobra indefinible. Aunque su carácter era valiente y nada tuviera de remilgada, le imponía cierto miedo la proximidad de la lucha que se avecinaba.

Pero, por encima de todo, sentía algo extraño contemplando la esbelta figura juvenil del que, con habla reposada de cadenciosa entonación solemne, siempre de espaldas a ella, replicó:

—Por tan seguro tengo que vais los tres a morir, que juzgando muy baladí el motivo, os permito que os vayáis si antes reconocéis que cometisteis una imprudencia al retarme a duelo a muerte.

—¡No soporto más el engreimiento de este jovenzuelo!— exclamó impetuosamente uno de los tres, desenvainando su espada.

Fué imitado por los otros dos, aunque el que antes había ya hablado para calmar a sus dos amigos, repitió:

—Sosegaos, señores. Somos tres buenas armas, y si conservamos la calma de nuestra superioridad, daremos una definitiva lección a ese imberbe salvajino. Vos al flanco derecho, Merlac; vos al izquierdo, Gastriaux, que yo daré frente al que se considera invencible.

Lenta y sinuosamente, con miradas alertas, los tres verificaron el movimiento destinado a atacar por tres lados a Cheij Khan.

El hijo del Pirata Negro continuaba perniabierto, apoyados los dos puños en las caderas. Reía sin ruido, agradable el semblante, donde destacaba los blancos dientes y los negros ojos acariciantes.

De pronto, lo que siguió, tuvo para la oculta espectadora caracteres de insospechada fiereza. Nunca había visto combatir a muerte con la inexorable fuerza desatada que demostró Cheij Khan, cuando desenvainando empleó su espada a modo de estoque, asestando altibajos y molinetes destinados a apartar las espadas enemigas, que desde tres puntos empezaban a hostigarle.

Gabrielle, conocedora a fondo de los recursos de esgrima, comprendió que mucha debía ser la fortaleza del brazo del que

luchaba solo, porque, pese a ser sus adversarios prudentes y cautos esgrimistas, los golpes de plano que en las hojas empuñadas recibían, hacíanles perder la línea de ataque.

Duró poco el entrechocar de aceros, en el que la espada de Cheij Khan, manejada en semiarco violento y rápido, refulgía con velocidades de vértigo.

Uno de los contrincantes lanzó un grito de agonía cuando, inesperadamente, la punta de la espada que hasta entonces había sido empleada a modo de estoque de plano, atravesó su garganta, quedando hincada en ella.

Manos desnudas, fué prodigioso e inaudito el salto con el que Cheij Khan, como si pisara un trampolín, distendióse y fué a terminar su salto a espaldas del que apenas iniciaba una asustada media vuelta, cayó derribado por un puñetazo que más pareció distender de zarpa de felino.

Quedó Cheij Khan de frente y visible su rostro a la espectadora, que sentía escalofríos de angustia ante la brutalidad selvática de aquel ataque.

Continuaba en los labios de Cheij Khan la risa silenciosa y agradable, mientras repitiendo su salto esquivaba la estocada que le lanzaba el tercer adversario incólume.

Cayendo tras él, Cheij Khan atenazó su garganta con las dos manos y lo volteó en raudos giros... Cuando lo soltó, el cuerpo fue a estrellarse contra un árbol, quedando desmadejado y rotos los miembros en el suelo.

Recogió del suelo Cheij Khan al que había recibido el puñetazo, que en su frente había abierto brecha sangrante. Repitió el mismo giró de peonza y el cuerpo fué a estrellarse contra el mismo árbol donde ya habíase despanzurrado el otro.

Ante los tres cadáveres, Cheij Khan dejó que la risa brotara de su garganta. Una carcajada extraña, que terminó en agudo aullido estremecedor.

Cerró Gabrielle los ojos despavorida. Cuando los abrió, vió como Cheij Khan, reposadamente, acercábase a los cuatro caballos, desataba las riendas y azuzaba a tres, que partieran a trote desperdigado.

Montó en el cuarto, un hermoso caballo bayo, de larga crin blanca, y con indiferencia mayestática, que confería a su semblante

y a su apostura un tranquilo aspecto de inofensivo jinete, aproximóse al lugar donde yacía el duelista con la garganta atravesada.

Se inclinó en la silla, y asiendo la empuñadura de la espada, la arrancó de la mortal herida.

Y sin volver la espalda, alejóse, envainando y contemplando la arboleda, como un caminante sin prisas que ha madrugado para recrearse en las delicias de un bello paisaje.

Gabrielle Lucientes no supo el tiempo que permaneció inmóvil, paralizada de estupor, como si un rayo hubiera caído a sus pies, obstaculizando en ella toda reacción,

La violencia de la rápida escena sangrienta, el estremecedor aullido en que habíase interrumpido la carcajada, el rostro hermoso del joven Cheij Khan, eran cuadros que se alternaban en su mente.

En sus oídos resonaba afín la acariciante voz tranquila del que antes y después de la pelea semejaba un joven inofensivo.

Trataba de pensar que había sido imaginación suya. Que era imposible que fuera el mismo hombre el que habíase convertido de pronto en un luchador selvático, de felina elasticidad inverosímil, de cuerpo que se descoyuntaba desafiando toda ley de anatomía humana.

Pareció despertar, cuando a sus espaldas resonó respetuosa la voz de Leducq:

—Cuando la señorita ordene podemos continuar el paseo. “Lancelot” no se resiente ya, señorita.

—¿Has... has visto lo sucedido, Leducq?

—No, señorita. Al aproximarme he visto esos tres cadáveres, pero es cosa frecuente en estos parajes. Aquí es donde los caballeros dirimen sus lances de honor. Supongo que no hará mucho otros tres caballeros fueron más afortunados, venciendo a esos tres que allí estarán hasta que la ronda del “guet” recoja sus cuerpos.

En silencio alejóse ella del lugar donde el destino había decidido que conociera por vez primera al hombre que iba a constituir el único amor de su vida.

Un amor plagado de avatares y trastornos, que cambiaría por completo la hasta entonces plácida vida de la amazona.

Regresó a casa, absorta en nuevas reflexiones. Intentaba poner orden a sus pensamientos y dilucidar por qué concedía tanta

importancia a un desconocido, que seguramente nunca más volvería a ver.

Y constituyó para ella un primer síntoma inexplicable el hecho de que no relatara a su padre la escena que había presenciado.

Al atardecer, Diego Lucientes, portando una carta de Honoré Fripon, notario de Angulema, vino a interrumpir los pensamientos de su hija, que en el balcón-terraza paseaba pensativa.

—Dice Fripon que deberíamos estar en Civry durante las fiestas de la conmemoración de la batalla célebre de no sé que año. Nos convendría una semana de reposo, Gaby. No estás acostumbrada a tanto ajetreo y seguramente acogerás con agrado el volver a oír el cacareo de los gallos como único ruido nocturno.

—Sí. ¡Vayamos a Civry!

Puso ella tanto calor en su exclamación, que Lucientes sonrió.

—¿Tanto te aburre ya Paris? Yo, con egoísmo paterno, prefiero que sigas sin hallar a tu afortunado marido. Pero… cuando volvamos, Gaby, es de desear que tu corazón despierte.

Íntimamente se reprochó Gabrielle Lucientes el callarse. No obstante, no podía decir que creía que su corazón había ya despertado… Y no podía decirlo, porque no hubiera sabido razonar el por qué habiendo tan sólo entrevisto por espacio de unos minutos a un completo desconocido, tenía el presentimiento de que le conocía de toda la vida y que aquél era el solo hombre que podía inspirarle el deseo de amar, el anhelo de abandonarse a un sentimiento ignorado hasta entonces.

Capítulo III

Luzbel

Adelaida de Chamfort había sido una de las celebridades de París dos años antes. Dama de alta alcurnia, privilegiada inteligencia y grata belleza dominante, los más conspicuos galanes habían deseado en vano poder alardear de haber conseguido de ella un rendido amor.

Pero Adelaida de Chamfort siempre había sonreído, encubriendo sus desdenes con arte de coqueta, deseosa de tener siempre cortejadores.

Todo había cambiado desde hacía dos años, a raíz de un corto viaje de Adelaida al exterior de París.

Había vuelto acompañada por un joven desconocido, que, poco a poco, fué siendo muy comentado.

Ellas hablaban del poder seductor de la mirada del joven árabe-español, atribuyendo un poder milagroso al ensoñador aspecto de los negros ojos, que no tenían el fatuo mirar de un conquistador vanidoso, sino una intensa virilidad de romanticismo oculto, virgen, inexplorado, como si el corazón de Cheij Khan a nadie perteneciera.

Ellos, engañados también por el aspecto juvenil y esbelto del "descubrimiento" de Adelaida de Chamfort, se llevaron a la tumba el secreto de que, el que provocaba reposadamente, con amable sonrisa y exquisitos modales, convertíase en el terreno de la lucha, en un salvaje de incontenible ímpetu arrollador, cuyo grito de triunfo tenía las mismas características que el aullido del chacal.

El más asiduo cortejador de Adelaida de Chamfort había sido Aimé Fortinbras, secretario privado del duque de Rohan.

Hombre inteligente, que había atesorado una gran fortuna, administrando con talento los patrimonios del Duque de Rohan,

Fortinbras, apuesto y galante, conseguía muy buenas fortunas, y aunque supiera matizar de discreción sus aventuras amorosas, gozaba fama de disipado y calavera.

Pero gozaba de la amistad de Adelaida, porque nunca había manifestado despecho ni había satirizado a la que no consentía en compartir su inclinación.

Cuando a las diez de la mañana de un soleado día de mayo, anunciaron a Adelaida la visita de Aimé Fortinbras, ella vino a su encuentro, aparentemente contenta.

—Tiempo ha que no te dejaste ver, Aimé. No obstante, quiero creer que siempre tendré el refugio de tu amistad.

—A más aspiro... siempre y hasta la muerte—dijo él devotamente, besando la diestra de la rubia belleza de azules ojos.

—Tu galantería me es agradable, Aimé. Tengo que agradecerte también la defensa que de mí hiciste.

—No hablemos de ello, Adelaida. Cualquier hombre hubiera hecho lo misino.

—No. Tú sólo puedes tener la grandeza de alma de no burlarte de mí, Aimé.

—Burlarme de ti es imposible, porque te amo, y mal o bien, cuanto hagas, para mí está bien hecho.

—Pero ellos, los que se burlan, tienen razón... Es vergonzoso, pero soy esclava de un ser cruel, sin alma... ¿No te ríes, Aimé? ¿No es para ti buena venganza que la que no quiso oír tus palabras de amor, sufra amando a quien no la quiere?

—Fama tengo de inconstante, Adelaida, porque en mí sólo hay una constancia que es la de quererte. Y es tan real mi amor, que, aunque me duela tu pena, conservo la esperanza de que si hoy sigues aceptando mi amistad, día llegará en que me hagas el don de tu mano.

—¿Te casarías con la que todo París llama la tigresa domesticada por el árabe domador?

—Tú y yo hemos vivido ajenos a la opinión, Adelaida. Si siempre siento impulsos de matar a Cheij Khan, me contengo...: en parte, porque me causa cierto miedo—y sonrió humorísticamente Fortinbras—. Y también, porque creo que si lograra dar muerte a Cheij Khan, tú nunca me lo perdonarías, y con ello perdería para siempre la posibilidad de hacerte mía.

—Creo, Aimé, que tú eres el único amigo que me queda. Te aprecio, pero amo a Cheij Khan… Cuanto me diga, lo soporto, con tal de no perderlo. ¿Es vergonzoso, verdad?

—Tengo cuarenta y tres, años, Adelaida. Una edad en que hemos perdido mucho amor propio. Nada hay de vergonzoso en las humillaciones que nos imponemos, tanto tú como yo. ¿Qué es Cheij Khan? Un zorro que, cuando esté ahíto, se convertirá en lobo… No dejes que te muerda… Sepáralo de tu vida, extírpalo como una dolencia febril…

—No puedo, Aimé.

—Bien. Por tu entonación adivino que sigues… enferma de amor. Pero soy constante y paciente. Aspiro a que busques consuelo a tu pena, en mis brazos, Adelaida. Pero…, ¡por todos los manes de Cupido!…, cúrate pronto, que dentro de varios años estaré ya aviejado en esta espera angustiosa.

—Gracias, Aimé. Ya supe que anteayer abofeteaste a Merlac, porque suscitaba las fáciles risas de sus oyentes, imitando los maullidos de un gato y los gestos de un domador, que como grito de amenaza exclama: “¡Adelaida! ¡Pata de terciopelo o te dejo sin besos!”

—No menciones siquiera esa burda ironía de un presunto gracioso, que con ello no hacía más que cantar públicamente un rencor de galán desdeñado.

—¡Ojalá Cheij Khan tuviera para mí tu devoción! Pero es… es Luzbel. ¡Sí, es Luzbel!

—No puedo opinar con imparcialidad, Adelaida.

—Tres encarnaciones le damos al rey de los infiernos. Es Satán, el mefistofélico, cuyo rostro habla de maldades. Es Lucifer, el arrogante, pero también con el rostro plasmado en mueca diabólica. Pero el peligroso es Luzbel, el ente con rostro de ángel, sonrisa de encanto y alma perversa. Cheij Khan es para mí Luzbel y lo será para toda mujer que sucumba a la atracción de su engañador aspecto tan fascinante.

—Mucha influencia tiene en ti, cuando pierdes el don de la parisina, Adelaida. Satán, Lucifer y Luzbel son personificaciones que tienen su exorcismo. Cuando dejes de amar a Cheij Khan… o él te abandone, yo procuraré que olvides ese fatal encuentro… Cheij Khan es ya un zorro ahíto, y en él asomará pronto el lobo retozón,

que irá en busca de otra víctima a quien imponer sus fascinantes cualidades aparentes de dominador de voluntades.

—Gracias os sean dadas, caballero Fortinbras—declaró Cheij Khan, entrando en la sala.

Dirigióse a besar la mano temblorosa de Adelaida de Chamfort, mientras Aimé Fortinbras poníase en pie, dispuesto a todo.

Pero Cheij Khan, con gesto amable, señaló un sillón al visitante.

—Sois bien recibido en esta casa, caballero Fortinbras. Adelaida sabe que tiene en vos un defensor... Permitidme tan sólo una advertencia. ¿Al retar a Merlac no cometisteis una leve indiscreción?

—¡Cheij Khan!—imploró Adelaida. —Aimé Fortinbras es un caballero amigo y todo honor que...

—No es precisa vuestra defensa, Adelaida—dijo amablemente el hijo del Pirata Negro—. El caballero Fortinbras no sufrirá daño a mis manos, ni pienso retarle... si no me da excesivos motivos. No me ofende el que me llama zorro ahíto ni lobo retozón ni Luzbel..., pero podría molestarme que de nuevo abofeteara a alguien que mal hablara de vos. Esta es misión que a mí sólo incumbe, caballero Fortinbras... por el instante. Cuando deje el campo libre..., entonces sacad cuanto queráis vuestra espada en defensa de Adelaida. Por ahora, aquí estoy yo, y no necesito ayudantes. Merlac estaba citado con vos, mañana. No acudáis. Os he evitado esta labor. Los caballeros Merlac, Gastriaux y Donreval han entregado sus almas al Dios de los cristianos, esta mañana, a temprana hora.

Aimé Fortinbras oía las suaves palabras que con inalterable semblante iba pronunciando Cheij Khan.

Continuaba en pie, y sus ojos interrogaron mudamente a Adelaida, cuando Cheij Khan cesó de hablar.

—¿Tengo tu venia para retirarme, Adelaida? Vine en visita de amigo, a renovarte mi sentimiento constante... Ahora, estimo que mi presencia es innecesaria.

—Gracias por tu visita, Aimé. Ven siempre que quieras. Te aseguro que ya sólo en ti veo al único amigo fiel.

—Un instante, caballero Fortinbras. Lejos de mí la deplorable intención de parecer indiscreto, pero os rogaría tuvierais a bien indicarme el motivo de vuestra visita. No intervengáis, Adelaida. No pienso, y ya lo he dicho, molestarme en suprimir de vuestra vida la

única amistad que os queda, según acabáis de decir. Pero tengo curiosidad por saber hasta dónde llega la franqueza del caballero Fortinbras, que ha sabido encontrar para mí tres apodos rimbombantes: zorro, lobo y Luzbel. ¿Tenéis, caballero Fortinbras, la misma facilidad para hallar calificación al motivo de vuestra visita?

Resultó evidente el esfuerzo con el que habló Fortinbras:

—Resultará quizás vergonzoso, caballero, que confiese que os tengo miedo. Pero si sólo os pensáis burlar de mí os lo consiento, aunque mi virilidad se humille ante la que amo... ¡Sí, ante vos declaro que amo y quisiera tener por esposa a Adelaida de Chamfort!

—¡Aimé!—suplicó ella asustada.

—Conservad las esperanzas, caballero Fortinbras—dijo con agradable sonrisa Cheij Khan—. Es más..., volved al mediodía. Seguro estoy de que nuestra adorable y adorada Adelaida os reservará una grata sorpresa. ¡Y ahora, salid! Excusadme la rudeza, pero os he dado suficiente cuartel.

—Hasta después—invitó suplicante Adelaida.

Aimé Fortinbras inclinóse ante ella y salió algo apresuradamente.

Cheij Khan rió sin ruido, soñadores los ojos.

—¿Acaso fuí incorrecto, dulce maestra?—inquirió, rozando con sus labios los sedosos cabellos, de la que estremecióse a la tenue caricia romántica.

—Tus modales son ya compendio de perfección, Cheij. Engañarías a la más avispada, porque ninguna podría sospechar que tu mirada cariñosa, oculta la intención de un zorro perverso y la maldad de un lobo sangriento. Gozaste humillando a Aimé Fortinbras.

—Salió con vida de aquí. Si tanto me cree un salvaje, deberá agradecer a la influencia de tus pupilas azules, el que mi sangre no se alborotara, viendo la desfachatez con que los parisinos creen natural hablar de amistades amorosas a la que pertenece a otro.

—¿Qué amenaza hubo para mí en tu despedida a Aimé?

—Que vuelva al mediodía y podrá hablarte tranquilamente de sus sentimientos. Hace ya unos días que he decidido irme, Adelaida. Lo nuestro ha terminado.

—¿Es una de tus nuevas crueldades? Me das la impresión del domador, que juega con sus fieras... Ten cuidado, Cheij... Las más dóciles de las fieras que lograste domeñar, pudieron acaso herirte de muerte.

—Para mí, hombres y mujeres sois tímidas bestezuelas sin peligro. No he conocido aún el hombre ni la mujer que puedan inspirarme el menor temor. Abandona este tono de patetismo, Adelaida. Despidámonos sin estridencias. Detesto la discusión. Sólo mi voz es la que manda, y las demás son eco de acatamiento.

—Gozas mortificándome, Cheij. Pero... ¡no puede ser!—y juntó ella las manos.— ¡Dime que no es cierto!

—Lo suficiente me conoces, para saber que no soy un parisino amante de chanzas o ironías, he dicho que me voy, afirmo que no he de volver a verte, juro que tendrás mi saludo cuando te vea, pero ni quiero oír más tu voz llorosa ni recibir tus muestras de docilidad. Hemos terminado irrevocablemente.

Ella incorporóse para abrazarse a Cheij Khan, quien apoyando ambas manos en sus hombros la forzó a soltar el abrazo. Quedó ella arrodillada, abiertos los ojos en pasmo dolorido:

—Me mataré... si me dejas. Arrodillada... yo que nunca me humillé, te pido que no me abandones. Si te vas, me mataré.

—Tu muerte sería un timbre más a mi blasón de chacal, Adelaida. Pero no me darás ese último placer, único ya que puedes darme.

Un sobresalto de orgullo hizo que ella se enderezara, tensos los brazos, engarfiadas las manos.

Pero algo en los ojos de Cheij Khan la hizo caer desmadejados los brazos. Leía desprecio en la mirada de su joven amante.

—Comprendo ahora porqué te gustaba que te llamase chacal. Tienes a orgullo el ser un solapado zorro y sacas vanagloria del temor que inspira el lobo... ¡Y pensar que yo, Adelaida de Chamfort, durante dos años, no presentí en toda su maldad el monstruo que eres!

—No exageres, dulzura. Llamarme monstruo es desorbitar la realidad. Cuando te conocí tenías fama de veleta. Si estabilizaste por dos años tu corazón eso será ahora un encanto más que añadir a los tuyos. Debes estarme agradecida.

—¡Ojalá sufras algún día lo que yo estoy sufriendo! ¡Ojalá

conozcas el tormento de un amor no correspondido!... Pero no tendré ese consuelo, porque tienes un corazón frío e insensible, pese a tu apariencia apasionada de joven caíd árabe.

—Tú me hiciste conocer las delicias del amor a flor de piel. Gracias a ti he vivido dos años de aprendizaje. Todos me buscaban querella y todas solicitaban mi sonrisa. A unas y otros di satisfacción cumplida. Cuando me conociste, ¿pediste mi corazón? No... Escucha, Adelaida. Nunca te he contado mi breve historia. Desde que puedo recordar, allá hasta donde puede remontarse mi recuerdo, sólo veo un oasis africano. Una cueva donde día y noche restallaba el látigo, y gruñían las fieras. El domador Bu-Djema endureció mi cuerpo. Lo maté, años después en Londres[2]. El caballero Mulliner endureció mi alma. Lo maté. Ellos fueron mis primeros maestros. Después, tú apareciste en mi vida, el mismo día en que moría el caballero Mulliner. Endureciste mi corazón, exhibiéndome por París, como a un bello salvaje dócil. Me enseñaste la frívola banalidad de las aventuras amorosas. Me dijiste que los que amaban sufrían y que los que querían vivir sabiamente daban triple vuelta a sus corazones. Agradezco tus lecciones... y sigues en vida. Agradécemelo... pero apártate ya para siempre de mi vereda. Ya nada puedes enseñarme.

—Has jugado conmigo...—murmuró ella tenuemente.

—Tú creíste hacerlo conmigo, ¿No? "¡Mirad, parisinos, aquí yo, Adelaida de Chamfort, os muestro al chacal amaestrado! Sonríe, tiende la pata, no muerde... Se tiene a mis pies...". Poco a poco fuí yo el que te domeñó, Adelaida. Soy ya tan buen actor que ni yo mismo sé cuando siento de veras, cuando finjo, o cuando dejo de sentir. He escalado balcones, ante la insistencia de las súplicas de sus moradoras, y Romeo habría palidecido de envidia, al verme mentir amores con tanta verosimilitud. He fingido desesperaciones si ellas resistían... y he ido sabiendo que entre mis pestañas Mahoma quiso que anidara un poder dominador. Soy, pues, ya un discípulo que no necesita maestras, Adelaida. Y, por el corazón que tú endureciste, no te pido cuentas. Quizá me has evitado sinsabores. Pero recuerda, que de ti nada quiero ya. Apártate de mi vereda. Tienes a Aimé Fortinbras, que mis restos recogerá. Del amable festín que para mí fuiste, quedan aún migajas, que generosamente cedo a tu amigo constante.

—¡Me vengaré de ti, chacal!—gritó ella.

—¿De qué y por qué? Ten cuidado, mujer... Me enseñaste que es absurda y provinciana la idea de que se le debe respeto a la mujer. Si entorpecieras mi camino, no vacilaría un solo instante en cortar el lirio de tu garganta. Sería mi último mordisco real. Conténtate, con sobrellevar la levedad de mis mordeduras verbales.

—Dices que no me interponga en tu camino. ¿Es tu aspiración a la rica dote de heredera?

—Tú sabes que me gusta holgazanear. Es hermoso no hacer nada. Tan sólo pelear cuando la sangre se acelera en las venas. Tú misma me aseguraste... allá en un principio de conocernos, que no tendría más que proponérmelo, y hallaría esposa rica. ¿Por qué no intentarlo?

—Lo recuerdo perfectamente. Observa, Cheij Khan, que me he dado cuenta que es inútil abandonarme a ridículas expansiones ni sollozos de desesperación. Mi alma llora, pero mis labios saben aún sonreír. Creo recordar que me dijiste que el caballero Mulliner te había asegurado que la rica heredera del castillo de Civry, sería para ti la más indicada esposa.

—Quizá... ¿por qué no? No más lejos que ayer oí hablar de ella. Parece que está en París. Conozco su dirección. Esta noche intentaré averiguar dónde tiene por costumbre asistir. Dicen que es una linda inconquistable de bellas pupilas azules... Y una de las más copiosas dotes de Francia. Cuando con ella me case ¿qué preferirás como obsequio, Adelaida? ¿Un broche de perlas, o un corazón de diamantes? Aunque confío en que el caballero Fortinbras sabrá obsequiarte como te mereces. Adiós, Adelaida. Que Alá te proteja tu corazón, dándole escudo si se cruza por tu camino un adolescente inexperto.

—Dieciocho años, Cheij Khan... y eres ya un viejo, porque tu alma está pervertida.

Rió Adelaida de Chamfort, añadiendo :

—A tu crueldad insensible, opongo mi triunfo. Cuanto daño me haces, con tus burlas, pagado está porque tus dieciocho años son menos juveniles que los cuarenta de Aimé Fortinbras.

—¡Imprudente!

La exclamación suave de Cheij Khan coincidió con su salto hacia adelante.

Adelaida de Chamfort al sentir su cuello preso entre las dos manos del joven, rodó los ojos despavorida.

Pero, Cheij Khan supo dominarse.

Su empujón hizo caer tendida sobre el mullido diván a la parisina.

—Matarte sería merced que te haría, dulzura—dijo amablemente Cheij Khan.—Vive... y si Luzbel me crees, que mi recuerdo emponzoñe tu existencia, como tu frivolidad encharcó mi alma. Adiós.

Cheij Khan abandonó la sala. Adelaida de Chamfort quedó tendida de bruces.

A solas, la desesperación fué cundiendo lentamente. Era una mujer de treinta años, una mujer de la cual París se burlaba por su ciega adoración manifiesta al que acababa de abandonarla para siempre.

Cuando oyó el rumor de los pasos de los lacayos transportando el equipaje de Cheij Khan, y aproximándose al balcón, vió alejarse la carroza tras la que a caballo iba el juvenil aventurero, Adelaida de Chamfort sintió de repente el peso de una insoportable tortura.

Entró en la sala, y dirigióse a una panoplia de la cual asió daga cincelada primorosamente, cuya aguda punta tenía una atracción de fría y tajante solución.

Tembló cuando una mano rodeó su muñeca y un brazo enlazaba su talle. La voz de Aimé Fortinbras susurró a su oído:

—No... No te irás para siempre, Adelaida. Yo haré que olvides. Primero hallarás consuelo en mi amistad... y después, mi cariño logrará que olvides para siempre a este Luzbel.

Ella, sin fuerzas, pudo tan sólo murmurar:

—Casi es milagro tu oportuna llegada. Aimé... Sin ti... quizá estaría ya en el lugar donde todo se olvida.

—No me fuí... Escuché cuanto hablasteis... No intervine hasta tener la certeza de que se había ido Luzbel. Y ahora, Adelaida, París podrá reírse de mí si quiere, pero no de ti. Yo, Aimé Fortinbras, solicito el honor de ser tu esposo. ¡Y eso es amor, Adelaida! Tu futuro me pertenece, y nuestros pasados... olvidémoslos.

Capítulo IV

El chacal y la amazona

Los tres primeros días de su estancia en Civry, Gabrielle Lucientes pareció deseosa de acreditar el calificativo con que era conocida.

Languedoc y Crecy volvieron a verse objeto de las impertinencias con las que ella matizaba los asaltos de esgrima.

En una de estas ocasiones, en la que, Marius Languedoc tenía que echar mano a toda la gama de sus recursos para no ser "tocado" por el florete femenino, Gabrielle, como si estuviera dominada por un afán de combatividad inusitada, puntuó sus estocadas con desplantes de bravucón:

—¡Dobla en sexta, arenque! ¡Tuerce la muñeca, esperpento! ¿Y esto es un maestro de armas? ¡Da gracias a que mi florete tiene "zapatilla" que de lo contrario te perforaba!

Hábilmente fué defendiéndose el larguirucho profesor, y al final el brazo de Gabrielle cansado, cedió.

Alzó el florete y encarnadas las mejillas, entrecortada la respiración, saludó con el acero a su inofensivo contrincante.

—Confiésalo, Languedoc. En duelo de veras, trabajo te daría si me propusiera atravesarte el corazón: Suspiró Languedoc, pero una mirada severa de Jean Crecy, mudo testigo, le hizo olvidar la metafórica expresión de la amazona.

—Confieso, señorita, que más de un caballero que de buena espada presuma, sería vuestra víctima si incurriera en vuestro enojo.

—¿Y tú qué opinas, Crecy?

—Comparto lo que Languedoc asegura, señorita. Pero... recordad que vuestro padre no... no ve con agrado esto—y el dedo

rechoncho de Crecy señaló el atuendo masculino de Gabrielle.

Ella, recosidos los cabellos en pañuelo azul que la convertía en efebo adolescente, rió.

—Mi padre está muy contento conmigo. Se hace la ilusión que yo soy dos a la vez: su hija y su hijo. Niégalo si te atreves, Languedoc. Cuando visto de mujer, ¿no soy cabalmente toda una señorita?



—¡Tuerce la muñeca, esperpento!

Suspiró el interpelado, pero Crecy le cortó el suspiro, dándole una fuerte palmada en la espalda.

—Mi amigo Languedoc no puedo replicaros, señorita, desde que está perdidamente enamorado de Lisette, la granjera de Angulema.

—¡Ah, bribón!—sonrió Gabrielle retorciendo una de las guías caídas del largo bigote de Marius Languedoc—. Lo tenías muy callado, bandido. Si no es por Crecy me quedo en ayunas de que piensas desposar hermosa granjera. Buena chica es Lisette... aunque su hermano sea un granuja insolente, a quien tuve que rebajar los humos a puñetazos. Iré a felicitar a Lisette. Tú eres un buen muchacho—dijo Gabrielle cordialmente al que le doblaba la edad.

—Cuando te cases con Lisette, puede ella venir al castillo, y así no te perderé. Mi padre dice que tú y Crecy sois dos espadas de primer orden y a la vez dos caballerazos. Y os aprecio porque no sois como esos lechuguinos franceses. Os sentaron muy bien los cinco años que vivisteis en España. Hasta luego. Me voy a dar una vuelta por los bosques...

Cuándo ella se hubo marchado, Marius Languedoc miró con reproche a su amigo.

—Has mentido, Jean.

—¡Por mi capa! Lo he hecho y volvería a hacerlo. Ella es muy inocente... pero tus ojeadas de carnero triste me descomponen. Podría darse cuenta... y ¿entonces qué? En cambio, si te cree novio de Lisette, no recelará nunca.

—Yo a Lisette nunca le dije una sola palabra. Lisette es gruesa, colorada y huele a establo.

—Lisette es rolliza, sonrosada y huele a heno. Es la esposa que te conviene.

—Ella le dirá a la señorita que yo no...

—¡Por mi capa! Eres un estúpido, mi buen Marius. Lisette atribuirá a cortedad tu mutismo. Yo he visto que te observa con disimulo cuando vamos a beber la sidra que tan bien sabe embotellar su padre. Me como mi capa, si ella no te quiere, Marius.

—Pero yo no la quiero. Yo...

—Tú... hazme caso, Marius. Que te cases o no, ya es otra cosa. Pero beber una buena sidra, y evitar el peligro de que la señorita adivine tu enamoramiento, son dos cosas que Lisette conseguirá.

Suspiró Marius Languedoc. Consideraba a Jean Crecy como el mejor de los consejeros.

* * *

Sentado sobre una roca, apoyado el cayado en el hombro y soplando en un caramillo rústicamente hecho de caña, Toinon Lemarchand sentíase inspirado.

Las ovejas pastaban yendo de vez en cuando a beber la clara linfa del Loira. Los castillos de Ferjus y Civry divisábanse en lontananza.

A un centenar de metros, al otro lado del puente, la carretera de Angulema extendía su blanco serpenteo.

Toinon Lemarchand no dejó de soplar en su caramillo, cuando

Lisette, su hermana, vino a depositar junto a la roca la cesta con el abundante almuerzo.

—Dice padre que a las ocho recojas el ganado, Toinon.

Gordezuela y de vivos colores, Lisette Lemarchand era un saludable ejemplo de la pureza de aires de su granja natal.

Toinon, dieciséis años bastos, siguió soplando músicas discordantes, que suponía melodiosas.

—Dice padre que no vuelvas a pelear con la castellana de Civry, o que él te calentará las posaderas.

Enrojeció vivamente ofendido Toinon Lemarchand, que apartó de su boca el caramillo.

—Dile a padre que soy ya un hombre para que... Bueno, no le digas nada—añadió reflexivamente. —Pero, ¡maldición de maldiciones! ¿Qué hago yo si viene la amazona a buscarme querella haciéndome burleta? Me hace carantoñas y me reta continuamente.

—Te lo buscaste, Toinon—dijo juiciosamente Lisette. —No debiste colocar flores bajo su ventana. Eres un granjero y ella es una dama.

Agradeció Toinon que su hermana no dijera la frase paterna: “Ella es una dama y tú un mocoso”.

—Come, Toinon. Con el estómago lleno, soplarás menos en el caramillo. Pero no te duermas... que eres un tragón y luego tienes que correr tras las ovejas. Hasta después, Toinon.

Empezó él a comer a conciencia. Y sus ojos fueron parpadeando, cuando de la roca se deslizó para tenderse a su sombra.

Despertó del sopor dándose manotazos en la nariz, para apartar la mosca que le cosquilleaba.

Pero era una brizna de hierba la que recorría su roja nariz.

—¡Maldición de maldiciones!—exclamó poniéndose en pie.

Gabrielle Lucientes rió con aviesa intensión. Tenía en las pupilas azules cierto brillo gatuno, como si estuviera contemplando un ratón caído en la trampa.

—Feas palabras para pronunciarlas ante una dama, pastor del demonio.

—Demonio tú mismo—dijo dignamente Toinon.

—Tú eres el demonio—replicó gravemente Gabrielle. —Estabas roncando como un cerdito barrigón.

Escarbóse el seso Toinon para encontrar una réplica adecuada.

Le envalentonaba el aspecto masculino del vestido varonil de la amazona. Y los bucles rubio-rojizos estaban ocultos bajo el pañuelo azul.

—No me busques pelea, ¡maldición de maldiciones! Mi padre no quiere.

—¿Tu padre no quiere o es que me tienes miedo, gordito?

Toinon Lemarchand pateó el suelo rabiosamente.

—¡Ah, si no fueras la castellana de Civry! ¡Menuda zamarra te iba yo a dar!

—Toda la fuerza se te va por la boquita, pastor del demonio. Bien que te consta que te puedo...

—Me puedes, porque eres una mujer, y yo no peleo con mujeres.

—Excusas de miedosica y cobarduelo.

—¡Maldigo el día en que... en que te llevé flores! ¡Eso es! ¡Debí romperme una pata!

—Ahora hablas claro, Toinon—dijo ella reflexivamente—. ¿Traerme flores a mí? ¡Puaf, qué asco! Éramos amigos antes, Toinon. ¿Te acuerdas cuando quitábamos las trampas de los cazadores, y dábamos libertad a los pájaros presos? ¿Y las palizas que le propinábamos al maldito Gronet, el furtivo?

—Yo te llevé flores... porque eres una mujer, Gaby... Y tú misma asegurabas que no hay clases... Que todos usamos jabón y agua. Yo soy un hombre.

—¿Tú? Tú eres un mocoso... ¡Huye, Toinon! ¡Huye o te salto encima del lomo y pico espuelas en tus costillas!

Vaciló un instante Toinon, pero recordando a su padre, y sobre todo el desasosiego que le acometía cuando Gabrielle Lucientes, forcejeaba con él a brazo partido, huyó perseguido por las risas de Gaby.

Pero a veinte pasos la cólera le detuvo. Hundió la mano en el agua del río y con atinada puntería lanzó una pella de barro a la que por burla estaba soplando en el caramillo.

Gabrielle Lucientes recibió en pleno rostro el barro.

—¡Tripas, rayos y culebras!—gritó encolerizada.

Iba a echar a correr tras el pastor, cuando se detuvo como si un hachazo hubiera cortado sus piernas.

Un jinete apareciendo por detrás de ella, acababa de preguntar desde lo alto de la silla:

—Dime, muchacho ¿es éste el sendero qué conduce a los castillos?

Gabrielle Lucientes quedóse con la zurda intentando apartar el barro de su rostro, y la derecha empuñando el caramillo.

Cheij Khan, desde la silla, sonrió amablemente.

—Parece que te ha vencido el enemigo, ¿no, muchacho? Pero su acción fué alevosa. Te arrojó barro desde lejos. Os vi mientras cruzaba el puente. Le hiciste abandonar el terreno.

Gabrielle Lucientes, boquiabierta, contemplaba al recién llegado que se le antojaba una aparición inverosímil.

¿Era posible que la imagen que en su corazón se albergaba tuviera el poder de personificarse inesperadamente?

Cheij Khan, al observar el silencio con que era contemplado, extrajo de su bolsa una moneda de plata.

—Veamos si esta moneda te devuelve el habla, muchacho.

Desmontó y asiendo las riendas, tendió la moneda. Gabrielle Lucientes alelada, recogió la moneda, con la mano que empuñaba el caramillo.

—Hermoso paisaje para quien de París viene. El aire es fragante, y esas ovejas tienen albura de leche. ¿Son tuyas las ovejas?

—No—murmuró Gabrielle con un hilo de voz.

—Debí darme cuenta que tus ropas son de buen paño... Perdonad, caballereo, si os tuteé. Un alto no me hará perder tiempo. ¿Vos sois de la aldea o de Angulema, caballerito?

—Soy de Civry—rezongó ella.

Sentíase molesta, y frotóse el rostro consiguiendo el efecto opuesto al que se proponía.

El barro, en vez de desaparecer, extendióse, tiznándole el semblante, donde destacaron los ojos azules.

Cheij Khan señaló el caramillo:

—Por lo visto, toda vuestra elocuencia se escapa por esta flauta, caballerito.

—¡Yo no soy un caballerito!

—¡Oh, bien, bien, señor! Excusadme si a vuestros pocos años, les di trato poco acorde. Vuestra silueta es de niño, y también lo es el rostro... aunque el barro lo mancille. ¿Peleasteis con el pastor por algún juguete roto?

—¿Vos quién sois?—preguntó ella tratando de afirmar la voz.

—Un caminante. Atraído por estos paisajes. Me han cantado tan elogiosamente las bellezas de los castillos de Ferjus y Civry, que deseo tengo de visitarlos. Vos podéis decirme si sus dueños pueden acoger con amabilidad el deseo de un extranjero en tierra francesa.

—El castillo de Ferjus está deshabitado. La marquesa que era dueña del castillo, partió para ser la esposa de un amigo del señor Diego Lucientes, dueño del castillo de Civry.

—¿Conocéis al señor Lucientes?

—En su castillo estoy.

—¿Palafrenero, lacayo, pinche?

—El señor Lucientes no quiere visitas y menos de extranjeros.

—Caballerete... Me temo que os arroguéis atribuciones que no os pertenecen. Dad gracias a vuestros dioses de que vuestros ojos sean del color del cielo primaveral, que de lo contrario os hubiese calentado las orejas. Quien moneda acepta, no debe mostrar tanta rebeldía a responder a corteses preguntas.

Gabrielle Lucientes arrojó al suelo la moneda.

—Me sorprendisteis con vuestra llegada, y no me di cuenta que aceptaba vuestra moneda. Sabed... sabed que yo soy paje de la castellana de Civry y no tengo por costumbre replicar a curiosos.

—¿Conque sois paje de la linda inconquistable? A vuestros pies, caballero, que quien sirve a la linda Gabrielle Lucientes de Civry, cuenta de antemano con todo mi respeto.

Y sonrientes los ojos, Cheij Khan destocóse, simulando un saludo reverente.

—Me causáis gracia, doncel. Vuestra arrogancia en otras circunstancias os habría podido costar caro. Pero Alá os protege. Sois paje de la bella desdeñosa...

—¡No consiento que me...! ¡No consiento que tildéis con motes a mi señora!

—Brava actitud. Pero no son motes, doncel. Aprecio vuestra fidelidad a quien servís, y perdonadme, caballero, si he repetido lo que en París se dice de la dama, que ha poco abandonó la capital, para volver a su altivo castillo.

—Burlón estáis...

—Temblón os veo... ¿Por qué desde que os he dirigido la palabra percibo agudos y trémolos en vuestra voz y temblorcillo en vuestras manos y rodillas?

—No... no gustamos de extranjeros por esta comarca. ¿Qué sé yo si malas intenciones lleváis?

—No sois muy perspicaz, paje. Mis ropas atestiguan que soy caballero, y también mi habla. Y aunque no lo fuera, no maltrato a mocosuelos, señor paje. Mejor haríais en iros a limpiar la cara en el río, y ahí oh aguardo por si os dignáis informarme de varias cosas que quiero saber.

—¡Mi cara es mía! En cuanto a vuestras preguntas, contestaré a ellas si me place.

Cheij Khan sonrió.

—Es curioso, señor paje. No tolero rudezas de palabra, y sin embargo os estoy soportando muchas libertades. Malcriado estáis para paje de dama. No abuséis del sortilegio de vuestros ojos azules. Podría encapárseme la mano, y volveríais al castillo con las orejas muy coloradas, y la huella de mi bota en los fondillos de vuestras calzas.

—¡Intentadlo... intentadlo y os juro que os atravieso con mi espada, voto al rayo!

Gabrielle Lucientes encolerizada, crispó los puños. Cheij Khan señaló su cinto vacío.

—¿Dónde está la espada, señor paje?

—Allá... en el castillo. Pero en el arzón de mi caballo hay pistola y con ella tiro, si persistís en tratarme como a un mocoso.

—No os acaloréis, amiguito. No quiero ganarme la antipatía del paje de la bella desdeñosa. Me han dicho que vuestra señora reúne todas las perfecciones, y por añadidura posee la azul claridad de unas pupilas hermosísimas.

—¿No la conocéis?

—Ya vais aplacándoos. Sois un buen paje. Me gusta que os agrade oír elogiar la belleza de vuestra señora. Responderé a vuestra pregunta. Cuando oí citar las grandes cualidades de vuestra señora, acudí a su mansión de París. Pero la fatalidad quiso que aquella misma tarde, el señor Lucientes y su hija volvieran a su castillo.

—Tres días hace que regresaron.

—Las caravanas árabes van lentas, amiguito. Los bellos paisajes me deleitan. Hartura tenía de París, y supuse que una estancia en el campo, me convendría. Decidme, ¿el Señor Lucientes es amable?

—Depende.

—¿Creéis que me permitiría visitar su castillo?

—Seguro estoy que no. Dice que le... revientan los curiosos.

—Tiene razón. Si yo poseyera un castillo, entre sus muros, sólo yo andaría.

—Y los pajes, señor—dijo Gabrielle irónica.

Su carácter se imponía, pero la zozobra que anidaba en su pecho, lo acusaba la inquietud de un problema sin resolver.

La certidumbre de que Cheij Khan la confundía con un paje al servicio de ella misma, iba dándole aplomo.

—La servidumbre, amiguito, no tiene personalidad. A menos, que sean como vos, un gentil caballero valiente e impetuoso. Mienten vuestros ojos, que suelen ser indicio de mansedumbre. ¿Cómo os llamáis?

—¿Y vos?

—¡Impertinente! Bien se ve que los pajes de hoy, tenéis el privilegio de los bufones de antaño. Mi nombre es Cheij Khan, árabe de madre, español por padre. A mi cortesía, corresponded.

—Mi nombre es... Toinon Lemarchand.

—Bien, Toinon, os confieso que ignorando el porqué, me causáis gracia. Será vuestro rostro tiznado... Necesito de vos. Si el señor Lucientes no me da entrada en el castillo, ¿cómo puedo cerciorarme de la certeza de las cualidades que la fama pregona de la linda inconquistable?

—Decidme cuáles son las cualidades que la fama pregona, y yo como persona la más calificada por mi continuo convivir con la dama que suscita vuestra curiosidad, os puedo informar.

—Puede haber parcialidad en vuestro juicio, Toinon.

—Os prometo que seré ecuánime... También vos, señor Cheij Khan, por motivos que no acierto a razonar, no me resultáis desagradable.

—Tanto mejor—sonrió el hijo del Pirata Negro—. Me conforta pensar que podemos entablar amistad. La indiferencia a los galanteos que según el rumor manifiesta vuestra señora, ¿a qué son debidos?

—Trato de entenderos, pero no atino.

—Quiero indicar que si en la corte parisina, Gabrielle Lucientes, no atendió súplicas de enamorado, ¿cuál es la causa? ¿Ama ya a

otro afortunado mortal?

—Que yo sepa, mi señora no sabe aun lo que es amar.

—Entonces, vos que parecéis despejado, quizá tendréis formada una opinión del por qué una bella dama de dieciocho años, desdeña los mejores maridos.

—Supongo que deberemos atribuirlo a que no ha hallado aun al príncipe de sus sueños.

—¿Sueña en un príncipe?

—Es un decir. Yo tengo por mí, que todavía ella no se ha forjado la imagen del caballero que sería de su agrado.

—Posiblemente su padre tendrá elegido ya para ella futuro marido, digno de su alcurnia.

—No lo creo así, ya que el señor Lucientes es caballero muy llano, de espíritu generoso, que deja libre albedrío a su hija, para que si su gusto es, permanezca sin prometido.

—Resulta de sumo interés vuestra charla, Toinon. Vuestras palabras denotan un espíritu cultivado y... por cierto, permitidme...

Antes que ella pudiera evitarlo, halló su diestra presa en la de Cheij Khan, que, con los dedos de la mano izquierda, fué separando los de la mano femenina como si los contara.

—Manos muy infantiles tenéis, Toinon, para quien, como vos, presume de jinete y manejador de aceros.

Bendeció Gabrielle que el barro seco ya en su semblante no permitiera adivinar su sonrojo.

Liberó con viveza su mano presa. —Pomadas uso, señor Cheij Khan, porque sé que mis manos son bellas y no quiero mortificarlas con ejercicios de hombres... Es decir, con rudos ejercicios impropios de paje al servicio de la dama.

—En gracia a vuestra amabilidad, Toinon, os daré, si lo deseas, algunas lecciones de esgrima.

—¿Sois maestro de armas?

—Más que muchos de ellos domino el arte de los caballeros.

—De buen grado aceptaré vuestras lecciones, ya que hasta hoy sólo tuve ocasión de medir mis fuerzas con los dos “prevosts” del castillo.

—A cambio de ello, os pido un favor.

—Si me es hacedero, contad con ello.

—Dando por supuesto que no me será posible visitar el castillo

de Civry, ¿no habría medio de que yo pudiera ver, aunque de lejos fuera, a Gabrielle Lucientes?

—¿Por qué tanto interés en verla?

—Allá en el desierto, cuando algún viajero oye hablar de bellos panoramas, siente anhelo de que sus ojos descansen en ellos.

—Entonces, para vos es Gabrielle Lucientes un bello panorama.

—¿A qué más puedo aspirar? Yo no soy cortesano adinerado, ni título alto.

—Hay tristeza en vuestras palabras. Cometeré una indiscreción, pero os puedo asegurar, porque con mis propios oídos fui testigo, de que tanto el señor Lucientes como su hija, conceden muy poca importancia a los bienes de fortuna. Más estiman las altas dotes del espíritu: la honradez, la decencia, la lealtad.

—Doy gracias al destino que me hizo acercarme a vos en busca de luz para mis pasos. Vos sois el más indicado para señalarme ocasión y momento en que desde lejos, sin osar la impertinencia de mostrarme, pueda ver a vuestra señora.

—Dejadme pensar—simuló reflexionar, Gabrielle—. Cuando veníais hacia acá, hallasteis en vuestro camino, a la derecha del río, un rústico puente en cuyo extremo, lindando con la carretera, hay una casita que antaño perteneció a un cazador. Es un pabellón deshabitado. Mi señora a veces pasea por allí, a caballo, a temprana hora de la tarde. Si allí os escondéis, quizá la podréis ver. Y al anochecido, yo puedo venir a recoger vuestra opinión. Por lo que sea, me sois agradable, señor Cheij Khan. Percibo en vos al caballero... y sé que nada malo hay en que yo procure que vuestra curiosidad quede satisfecha.

—Gracias, Toinon. Déjame tutearte en muestra de especial consideración. ¿Tu señora es asustadiza?

—¡Oh, no!

—Pero sería en mi agravio, el que yo intentara presentarme a ella, y más en bosque solitario. Podría dudar de mis intenciones y formar de mí mala opinión.

—Tengo entendido que al fin de esta misma semana, el señor Lucientes y su hija regresarán a París. Allá quizá os será fácil, ser presentado a ellos.

—Hice el viaje para que mis ojos comprobaran si tan donosa es la encantadora presencia de Gabrielle Lucientes. No podría, pues,

regresar a París, sin haberla visto.

—Descuidad, entonces. Procuraré que esta tarde ella pase por la casita del puente. Y ahora debo marcharme, señor Cheij Khan. Es tarde, y me esperan. Al anochecer, os vendré a ver. Tengo verdadera intriga por averiguar qué concepto habéis formado de mi señora.

Cheij Khan llevóse la diestra a la frente, al pecho y a los labios, y aquel saludo exótico, aumentó la gallardía de su vestimenta europea.

Poco después, Gabrielle galopando a toda espuela, sentíase profundamente alegre. La aventura se había presentado y para ella tenía todo el simbolismo de un rayo de sol, ahuyentando las grises nubes de su existencia hasta entonces, sin la zozobra de los amores.

Capítulo V

La comedia del enredo

Toinon Lemarchand, prudentemente y desde lejos, había avizorado la conversación entre el desconocido y la amazona.

Casi le pareció providencial la llegada del forastero que impidió que Gabrielle saliera en su persecución para vengarse del proyectil de barro que el fuerte brazo del pastor habíale lanzado.

Pero cuando la amazona partió, sintióse Toinon algo intranquilo. Aquel desconocido podía ser algún visitante de la comarca o algún recaudador de impuestos.

Podía dirigirse a la granja de los Lemarchand y ya que la amazona había desistido de vengarse, quizá era porque el desconocido, informaría al granjero Lemarchand del comportamiento poco galante del que tomaba como blanco para sus lanzamientos de barro el rostro de la castellana de Civry.

El desconocido, pensativo, habíase sentado en la roca, que dominaba aquel pintoresco rincón campestre.

Halló en ello pretexto, Toinon Lemarchand, para acercarse a recoger su caramillo.

Lo hizo, quitándose cortésmente su sombrero de paja.

—Buenas tardes, caballero—saludó, tanteando el terreno.

—Hola, pastor. ¿Es tuyo este ganado?

—Sí, caballero. Y vuestro también —dijo, con el deseo de demostrar que era un muchacho bien educado.

—Tuviste mucho tino arrojando el barro.

—¡Oh, señor! Fué un mal impulso. A fe de Toinon Lemarchand, que no lo haré nunca más.

—¿Cuál has dicho que es tu nombre?

—Toinon Lemarchand, para serviros, señor, en cuanto mandéis.

Y si vais a la granja de mi padre, por favor, no le digáis que me visteis lanzarle bola de limo a la amazona.

—¿Quién era este paje con el que estuve hablando?

—Pero... ¿no sabéis que es ella? ¿Que es la amazona?

—Vengo de París, Toinon. No conozco esta comarca ni tampoco a sus moradores.



Habíase sentado en la roca

Ya tranquilizado, el pastor preguntó, no obstante:

—Entonces, ¿no le diréis a mi padre que yo llené de barro el rostro de la castellana de Civry?

Cheij Khan entornó los párpados y una tenue sonrisa se dibujó en sus bien formados labios.

—Para nada he de visitar a tu padre, puedes estar libre de preocupación. Me engañó el aspecto de tu enemiga. Creí que era un paje, por su figura y sus ropas.

—Es la amazona. La llaman así porque siempre está a caballo y monta como un “lanquesnete”. Y también tira de espada como un mosquetero.

—Poco femenina es, entonces. ¿No es así, Toinon? Tú que eres un hombre, podrás reconocer que mujer amazona nada tiene de dulce Eva.

Toinon Lemarchand, halagadísimo, esbozó un gesto de crítico experto y muy capaz de informar a un caballero procedente de la capital.

—Veréis, caballero. Ahí está precisamente el mal. Cuando viste

galas femeninas es una estampa de los libros de caballería ingleses.

—¿Has leído tú libros de caballería ingleses?

—El preceptor del castillo de Ferjus me prestaba libros. Y uno de ellos era muy bonito... Pero mi charla os aburrirá, señor.

—Todo lo contrario. No tengo prisa alguna y hablas muy sensatamente, Toinon. ¿Y te gustaban las estampas?

—Era un libro que narraba las hazañas de Sir Tristán. Y la bella cautiva era como la señorita Gabrielle. Tenía sus cabellos que son mezcla de sol y de llama y su misma piel blanquísima y sus mismos ojos tan azules.

—Sí tan delicada es, ¿por qué le lanzaste barro?

—Porque goza provocándome.

—¿Cómo dices?

—Yo... un día le fuí a llevar flores a hurtadillas. Ella se enteró y desde entonces siempre que me ve, busca la manera de atizarme.

—¿El pastor ofendió a la castellana?

—No, que no. Ella es sencilla, natural y no es altiva. Pero es un demonio, porque le gusta pelear... Y yo ya no puedo pelear con ella, de cerca... porque con mujeres... ahora que me he dado cuenta que lo es... porque antes me parecía otro muchacho como yo... Bien, el caso es que no puedo pelear con ella, porque mi padre se enojaría.

—No le digas que hablaste conmigo, Toinon. Toma por tu charla instructiva.

Toinon Lemarchand enarcó las cejas agradecido al recibir en su mano dos monedas de plata.

—Gracias, gran señor. Vuestro servidor, mi caballero. ¿Os vais ya?

—Sí. Regresaré seguramente a París, deteniéndome antes en Angulema.

Pero Cheij Khan se dirigió al solitario pabellón del puente. Y antes de entrar en la casita, por sus labios vagaba la agradable sonrisa de chacal que olfatea una presa.

A la hora del almuerzo, Diego Lucientes concentró en la figura de su hija, su perplejo entrecejo.

—¡Repámpanos, hija! En París, ni una sola vez te acicalaste tanto. ¿Hemos de recibir, acaso, la visita del hijo del rey?

Gabrielle Lucientes acercóse a la mesa, sonriendo. Había decidido que sólo le explicaría a su padre sus extrañas impresiones,

cuando se hallara frente a Cheij Khan, en el momento en que supiera dilucidar a qué debían.

—Siempre me reprochas que soy poco coqueta.

—El espejo te dirá que estás así admirable... Y no cuando vistes de paje... ¿Por qué ríes?

—Por nada, papá.

—¿Reír por nada? Eso es cosa de sesos volados o de niñas con las sienes repicando a primavera. Y como yo de locos y de niñas primaverales poco entiendo, poco quiero profundizar.

—Dime, papá—preguntó ella, sentándose—. ¿Es un caballero el que pudiendo luchar a espada, emplea las manos para vencer a sus adversarios?

—Además de caballero resulta un buen luchador. ¿A qué viene la pregunta, hija

—Por nada, papá.

Diego Lucientes pellizcóse el extremo de la nariz. Sus pardos ojos, burlonamente afectuosos, guiñaron a su hija.

—Es una sensación disparatada... Pero hoy se me antoja que eres ya mujer. Tus frases son vagas... Ya no hablas como la amazona. Hay en tus cabellos una flor. He visto en el patio la jaca mansa, enjaezada con silla de dama comodona... ¿Misterio, Gaby?

—¿Curiosidad, muy señor mío?

—La virtud de la curiosidad no es exclusivamente femenina, Gaby. Y ahora yantemos, que los aires del campo me avivan el apetito.

A media comida, preguntó de pronto Gabrielle:

—¿Tú crees, papá, que el velo de blondas que me regalaste, le sentará bien a mis cabellos?

—Lo que yo elijo es siempre de buen gusto, cuando lo elijo para ti. El velo enmarcará deliciosamente el óvalo de tu semblante.

Diego Lucientes silenció su extrañeza. Era la primera vez que oía a su hija preocuparse por alguna prenda de su atavío femenino.

—¿Paseamos esta tarde, papá?

—Pocas veces me invitas a tus correrías salvajes. ¿Vamos a visitar a algún caballerete de Angulema?

—No, no... Pero así vestida, necesito un caballero de tu prestancia para dar más realce a mi figura. Pasearemos por el bosque de los tilos. Allá por las cercanías de la casita del cazador.

—¿Esta mañana tu cabecita no tropezó con alguna rama baja que no quiso apartarse a tu paso? Te percibo algo extraña, Gaby.

—Figuraciones tuyas. Es para mi placer salir de paseo contigo, vistiendo como deseas.

—Nadie nos ha de ver por el bosque, chiquilla.

Volvió ella a reír. Diego Lucientes rió también, porque le agradaba la expresión risueña y picaresca de su hija.

Recubrió su mano derecha con la manopla de terciopelo azul y levantándose, invitó:

—¿Me honra la más deliciosa de las damitas con su mano para un paseo lento al claro de sol en embosque de los tilos?

Apoyó ella su diestra en el antebrazo paterno y poco después ambos, a lento paso de sus caballos, abandonaban el castillo.



Cheij Khan encontró muy propicio como escondrijo desde donde atisbar las cuatro paredes del pabellón.

Estaba al final del puente tendido sobre el Loira y tenía dos entradas, una de las cuales daba a la carretera.

En el techo había un desgarro por el que el sol penetraba. Y Cheij Khan atribuyó a la caricia prolongada del sol, el agudo pinchazo que resintió en las sienes, cuando procedente del bosque, vió a dos jinetes acercarse al puente.

Cerró por un instante los ojos. Sentía latir en su cerebro un martilleo extraño.

La silueta del jinete pelirrojo... parecía recordarle algo. Inconscientemente, fueron los ojos de un niño de siete años, los que miraron los dos brazos del jinete, en busca del antebrazo manco.

Pero los ojos del muchacho de dieciocho años, que aparentaba veintidós, miraron con indiferencia al pelirrojo que cubría sus cabellos con un tricornio azul ladeado.

Prefirió observar la delicada figura femenina. Cierto. Gabrielle Lucientes era una mujer atractiva y el vestido modelaba un busto encantador.

El velo de encajes, enmarcaba un rostro de luminosa y despierta inteligencia. Los azules ojos eran grandes y candorosos.

Cheij Khan decidió, instantáneamente, que en adelante, todos sus esfuerzos, toda su ciencia de amador, se encaminarían a lograr obtener el rendido vasallaje de la amazona,

Agachóse, ocultando el rostro y apartándole del reborde de la ventana, cuando los dos jinetes pasaron ante el pabellón.

De nuevo y poco después, pasaron los jinetes y cuando ya los dos caballos desaparecieron en la espesura del bosque de los tilos, empezó Cheij Khan a pensar qué mentiras serían las más apropiadas, para, fingiendo hablar con el paje, lograr conmover a Gabrielle Lucientes, la inconquistable.

Dedujo que era la clásica muchacha virginal, soñadora, que desfogaba en ejercicios viriles, su desconocimiento presentido de que en la existencia, el amor desempeñaba un gran papel.

Y anochecido, cuando ante el pabellón se detuvo la silueta del presunto paje, Cheij Khan había ya meditado el mejor método de aumentar su romántica apostura.

—Buenas noches, señor Cheij Khan —susurró Gabrielle, apareciendo en el umbral—. ¿Estás ahí?

—Pasa, Toinon. Está eso muy obscuro, pero no tropezarás con muebles, que no los hay.

La obscuridad complementaba la labor de disfraz de la amazona, que por encima del pañuelo que ocultaba sus cabellos, había colocado un chambergo, cuya ancha ala caída sombreaba aun más sus rasgos.

—¿La visteis ya, señor Cheij Khan?

—Sí, Toinon. Y por Alá, que más quisiera no haberla visto.

—¿Por qué?—inquirió, con leve inquietud, Gabrielle.

¿Acaso ella, como mujer, no había logrado interesar al arrogante joven de mirada henchida de viril ternura?

—Yo vivía sin preocupaciones, Toinon... Vivía la existencia del viajero sin amores... Y ver a tu señora y quedar malherido, todo ha sido lo mismo. Como el fulgor de un astro en el desierto, como el rocío besando la hoja seca, como la brisa de primavera purificando el aire..., todo esto ha sido el ver a Gabrielle Lucientes. Pero... ¿a qué contarte eso? Te reirías de mí...

—¡Os juro que no! Seguid, señor Cheij Khan.

—¿Para qué? A mi cuita no puedes tú, con el mejor deseo, hallar remedio. Me reí cuando me dijeron que el amor hería repentinamente. Me reí porque nunca hubo dama que me inspirara más que respeto, sin otro sentimiento. Y esta tarde... esta tarde, señala para mí el principio de mi infortunio.

—¿Cuál es vuestro infortunio? No veáis en mis preguntas mera curiosidad. Os he cogido cierto afecto, señor Cheij Khan y me conduelo de veros entristecido.

—¿Tú has amado alguna vez, Toinon?

—¡Nunca!

—Entonces, no podrás comprenderme.

—¿Vos habéis amado?

—¡Nunca!

—Iguales estamos, pues, para hablar de cosas de amor. Puedo, por tanto, quizá, entender lo que me expreséis.

—Muchas noches desvelado, soñaba en alguien a quien rendir vasallaje. Fui forjándome la imagen ideal de la mujer soñada. Cuando el sueño se apiadaba de mí, mi última visión era... ¡era idéntica a Gabrielle Lucientes! Eran sus ojos claros, sin empañar ni por tristezas ni por olvidos. Era su boca sonriente, de dientes como perlas y labios como roja rosa sangrante. Eran sus cabellos donde el sol y la llama se mezclan...

Mientras hablaba, los ojos de Cheij Khan tenían un místico fulgor. Pero íntimamente rió al recordar que la comparación con la que hablaba de los cabellos de Gabrielle, era la empleada por el pastor, con atisbos de torpe e ingenuo poeta.

Y eso debía el tratar de aparentar: toda la ingenuidad de un alma romántica, sin posos de experiencia.

—Triste ha sido el remate de mi curiosidad. Vine incrédulo... y parto herido irremediablemente.

—¿Os vais?—preguntó ella, anhelante.

—Lejos... Volveré a mi Arabia... Trataré de olvidar contando las arenas del desierto y rogando a mi dios, que me conceda pronto muerte en lucha contra las hienas que exterminan a las caravanas y al solitario caminante. Y cuando mi carne vaya enfriándose invadida por la muerte, en mi espíritu el último susurro dirá: "Gabrielle...". Adiós, adiós, Toinon...

—¡No! ¡No os debéis marchar así! —exclamó ella.

Guardó silencio Cheij Khan y en la mente femenina de pronto formóse una lacerante inquietud. Presentía que si nunca más había de ver a Cheij Khan, habría cesado para ella la alegría de vivir.

Tentada estuvo de revelar su personalidad, pero la contuvo ciertas imprudencias que como paje se había permitido.

—¿Vos no sois un caballero valiente, señor Cheij Khan?

—Otro que tú formula esta pregunta y muere, Toinon. En París dejé sentado cartel de hombre invencible.

—Pues no es valentía la de huir…

—No puedo permanecer aquí… Sería como el extraviado, que, sediento, ve el manantial en una cumbre donde no puede llegar.

—¿Os dais por vencido antes del combate?

—¿De qué combate hablas?

—Hablad con ella. Id a aguardarla a París. Sed presentado a ella. Tratad de que ella sepa que sois su ideal de prometida… Pero, luchad por ella. Os aconsejo así, porque… os tengo aprecio… Tened en cuenta que si hasta hoy ella mereció el renombre de inconquistable, pudo ser porque nadie supo hablarla hallando eco en su corazón. Vos sois apuesto, sois un caballero… Intentad la suerte.

—Gracias por tus buenas palabras, Toinon. Me reconfortan. ¿Irás tú a París?

—No. Aquí me quedaré… Pero tengo vuestra promesa.

—¿Mi promesa?

—Si. Me daréis vuestra palabra de caballero, de que en París haréis cuanto de vuestra parte esté por hablar con Gabrielle Lucientes.

—Lo haré… y si al menos debo continuar mi ruta de sempiterno viajero sin felicidad, llevaré en mi pecho la imagen adorada de la ideal estampa de un libro de caballería. Adiós, Toinon, y si hemos de volvernos a ver, será porque mi felicidad habrá nacido en este bosque de los castillos.

—Adiós, señor Cheij Khan. Y no olvidéis vuestra promesa.

El hijo del Pirata Negro partió al galope por la carretera de Angulema.

Diego Lucientes acechaba en la terraza de entrada al castillo. Oyó a su hija desmontar canturreando.

—¿Otra vez disfrazada de machito? ¡Mal rayo me parta si…!

—¡Chitón, autor de mis días felices! Estoy muy contenta, papá… —y ella abrazóse estrechamente a Lucientes—. ¿Por qué no vamos a París mañana mismo?

—Quítate primero estos trapos que constituyen un crimen.

—Creo… creo que nunca más volveré a vestirme así. De ahora

en adelante, quiero ser Gabrielle, la soñada por noches desveladas, la de los cabellos mezcla de sol y llama… Voy a mudarme. Vuelvo en seguida.

Diego Lucientes rascóse la sien en el colmo del estupor, cuando media hora después, oyó los arpegios del clavicordio desgranando música sentimentalmente monótona a fuerza de repetir el mismo compás.

Su hija odiaba el instrumento musical, cuya enseñanza había costado grandes amenazas.

Aproximóse al salón y contempló el rostro en éxtasis de su hija, cuyas manos recorrían el teclado como si actuaran ajenas a la voluntad de su dueña.

Sólo un día… y existía algo cambiado en la amazona. Con este pensamiento alejóse para poco después, entrevistarse con Robert Charles, el guardabosque.

—Hola, Robert. ¿Le ha ocurrido hoy algo digno de mención a mi hija? Te tocaba a ti el vigilarla. No hay ninguno como tú, para pisar leve y seguirle la pista a una ardilla sin que ella se entere.

—Esta mañana la señorita, vestida de hombre, intentó pelear con Toinon quien le lanzó desde lejos un puñado de barro al rostro. Ella iba a perseguirle, pero apareció un desconocido. Fué extraño, pero vuestra hija, de costumbre tan rápida en sus reacciones, pareció quedarse petrificada. El desconocido dijo llamarse Cheij Khan, Viste distinguido y sobrio como un caballero, pero su apostura es de joven español u árabe. Vuestra hija fingió ser paje…

Narró Robert Charles con exactitud todo lo sucedido, entre Cheij Khan, Gabrielle y Toinon Lemarchand, que descubrió el equívoco. Y terminó su narración, citando la entrevista última del pabellón.

—Inútil que te recomiende el mayor silencio, Robert. Ni ella misma debe saberlo.

Alejóse Lucientes rezongando maldiciones contra “el ladino y taimado” Cheij Khan, al que se prometía desenmascarar en París.

Ahora comprendía el motivo del cambio de su hija… y la zozobra invadió su espíritu. Gabrielle nunca usaba de disimulos. Por tanto… ¡estaba enamorada de Cheij Khan!

Seguía ella repitiendo el mismo compás musical…

—Un grifo goteando—dijo Lucientes, apoyando tras ella sus manos en los hombros de la que absorta no le había oído llegar.

¿Qué es esa cantinela?

—Preludios de dicha: es una composición de un músico inglés.

Levantóse ella y ocultó el rostro en el pecho de Lucientes.

—Padre, ¡soy dichosa!

—Nunca supuse que fueras una muchacha lánguida y tristona.

—Pero es que... ¡algo nuevo ha embellecido mi vida! Debo contártelo, padre. He conocido al hombre más cautivador del mundo... Debo confesar que hasta ahora te lo oculté... La primera vez que lo vi, me dió escalofríos... Su voz me inquietó.

Relató ella la escena del duelo en el Pré Saint-Germain. Y después, sus dos entrevistas como "paje", con el apuesto Cheij Khan.

—...y por eso paseamos dos veces ante el pabellón. Y él, padre, sin saber quién era yo, le contó al paje su amor por Gabrielle... Y yo, no sé... pero ardo ya en deseos de llegar a París, presentarme a él, vestida con mis mejores galas, oírle hablar... Sin él, los minutos se me hacen largos.. y cuando estaba a su lado, el tiempo volaba ¿Es esto amor?

Tardó Lucientes un instante en replicar:

—Creo... que esto es amor, hija. Pero, antes debes saber quién es él.

—¡Qué importa! Es el único que me ha producido una emoción que no acierto a explicarte. ¡Y adora a Gabrielle!

—Sin embargo, Gaby, en París tendremos que interesarnos por su vida pasada.

—Tú dijiste, padre, que los hombres no tienen pasado. Que lo que cuenta es el presente. Es un caballero. Sus ojos dicen bien a las claras que es bueno, que es cariñoso, que es leal y... si luchando me pareció una fiera... eso cosa de hombres es. ¡Lo quiero, padre... y tú le querrás!

Forzó Lucientes, una sonrisa.

—Si has de casarte con el, Gaby... bastará con que tú le quieras.

—Pero si tú no consintieras, yo no me casaría.

—Gracias, Gaby... pero no será así. Espero que me sea agradable, pero aun suponiendo que fuera el mismo diablo en persona, poco poder tiene un amor de padre contra el verdadero amor...

Gabrielle Lucientes: sonrió con arrobo.

—Tú y él… Mis dos amores… ¡Y mañana a París!

Capítulo VI

Un triunfo más

A su llegada a París, de regreso de los bosques de Civry, Cheij Khan conoció la noticia de que el día anterior habían contraído enlace Adelaida de Chamfort y Aimé Fortinbras.

Limitóse a encogerse de hombos y si de sus labios iba a brotar un comentario sarcástico, “la voz oculta”, aquel secreto impulso que muchas veces le hacía hablar o actuar caballerosamente aun en contra de su propio endurecimiento, le hizo guardar silencio.

Una de las coincidencias que el azar dispone, hízole estar cercano a una mesa donde cuatro individuos conversaban.

Cheij Khan frecuentaba asiduamente los barrios bajos, donde se le presentaban abundantes ocasiones de ruda pelea, donde desfogaba sus instintos combativos.

Era ya conocido... y temido. Pero los cuatro que hablaban, convencidos de la amplitud de miras del joven árabe, siguieron en su tema —...el español caerá. Tenlo por seguro, Gontran.

—¿Pero por qué hemos de apresarlo con vida? Resultaría mucho más fácil apuñalarle por la espalda.

—D’Artois paga cien luises por cada uno de nosotros. Por tanto, no es meramente asunto de apuñalar. ¿Acaso te da miedo ese español de rojos cabellos?

—Cuatro somos y en peores nos hemos visto. Pero el llamado Lucientes no está en París.

—Regresará pronto. Acudirá a la cita nocturna de la viuda de Asnieres y en el jardín que tendrá que atravesar para llegar a la casa de la viuda, podemos asaltarle. Tú llevarás el lienzo, Gontran, y tú las cordezuelas, Janot. Yo y Berdiol le atacaremos para distraerle y que podáis así saltarle sobre el lomo.

Cheij Khan inclinó mudamente por dos veces la cabeza. Era su agradecimiento al azar, que permitiéndole intervenir, añadiría un triunfo más al atractivo que ya había ejercido sobre Gabrielle.

Una hija agradecida, un padre conmovido... Cheij Khan decidió que antes de visitar los salones de la mansión parisina de los Lucientes, seguiría al padre, cuando éste, nocturnamente, se dirigiera a cita de amores.

* * *

Louis d'Artois miraba dificultosamente a través de compresas y apósitos y emplastos que cubrían su rostro.

El vapuleo que le había propinado Diego Lucientes y la humillación de ser recogido por unos caminantes, tendido en un barrizal exterior de la capital, habían acumulado en su mente un rencoroso odio contra el español.

No podía esperar la ocasión de retar a duelo a su ofensor. Ni tampoco alquilar los servicios de cualquier asesino.

Necesitaba tener en su poder al que le había inferido una atroz herida su amor propio. Y por eso mandó a buscar a los avezados maleantes Gontran, Berdiol, Janot y Domremy. Con ellos resultó fácil la conversación. Algo más arduo fué convencer a la intrigante Arlette Asnieres, la viuda. Pero ésta debía muchos favores a Louis d'Artois y le temía por su influencia en la corte.

Todo quedó bien planeado para que el español que había osado emplear con el poderoso d'Artois plebeyas artes de peleón tabernario, recibiera una muerte acorde a su insolencia escocedora.

Louis d'Artois, en el lecho, esperó con impaciencia la noticia del regreso de Diego Lucientes.

No hacía ni dos horas que había llegado Lucientes a su casa, cuando un lacayo portando librea granate galoneada de azul, vino a rogar ser recibido.

—Os traigo, señor, mensaje de mi ama.

Un floreteo había tenido lugar entre Arlette Asnieres y el que siempre hallábase dispuesto a amorosos lances.

Rasgó el sobre y leyó con complacida vanidad:

> “Vuestra ausencia se ha prolongado tanto, que perdida la noción de la paciente espera, os suplico tengáis a bien

acudir a mi domicilio, a las nueve. Cenaremos y me seguiréis deleitando con vuestra charla de simpática amenidad.

”Vuestra amiga,

Arlette. ”

—Dile a tu ama, que acepto el gran honor de su amable bienvenida. A las nueve besaré su mano.

Salió el lacayo, y Gabrielle entró.

—Los besalamanos, padre, ¿no te harán olvidar que debes conocer a Cheij Khan?

—A eso hemos venido a París. Mucho ha sonado ya en mis oídos el nombrecito ese que parece receta de farmacopea contra la calvicie, y por tanto...

—¡Oh! — protestó, escandalizada, Gabrielle—. Cheij significa “jefe” y “Khan” es tribu. Por lo tanto, jefe de tribu... Unos nombres sonoros, viriles, arrogantes...

—Tal es la condición del amor, hija mía, que, aun suponiendo que eligieras a uno llamado Lisardo del Canfín, te parecerían nombres fascinadores.

* * *

A las ocho y media de la noche, Diego Lucientes no había obtenido noticia ninguna del paradero del joven árabe-español.

Pero aseguró a su hija, para calmarla, que tan pronto supiera dónde residía, hallaría el medio de remitirle una invitación a la fiesta que, con el pretexto de presentar a su hija, daría en su propia casa.

A las nueve menos cinco minutos dejó su caballo en el picadero, a la entrada del jardín que conducía a la mansión de Arlette Asnieres.

La emboscada estaba preparada de mano maestra por Domremy, que ya en varias ocasiones había triunfado en parecidos lances.

Cuando hallábase Lucientes a medio recorrer del amplio jardín, dos individuos le interceptaron el paso.

—Indudablemente éste es — dijo en voz alta Domremy.

—Sí. El mismo—acotó Berdiol.

—En efecto. Este soy yo, y soy el mismo—dijo Lucientes,

retrocediendo para apoyar sus espaldas en un árbol—. Y vosotros, ¿quién diablos sois? Ceded paso, que tengo cita.

Brillaron los aceros que acababan de desenvainar a la vez Domremy y Berdiol.

Diego Lucientes sacó al aire su tizona, compañera de sus paseos nocturnos por el peligroso París.

—Prisa tengo, compadres. No llevo bolsa, y, en cambio, os voy a dar mecha si no os largáis. ¡Repám…!

Quedó cortada su exclamación porque, como si del cielo cayera, un trozo de tela enfundó su busto, cegándole por un instante.

Era la clásica "sacoche" de los maleantes parisinos que se dedicaban a secuestros. Un lienzo de recia tela que, rodeando brazos, los aprisionaba contra el busto, imposibilitando todo movimiento defensivo.

Sintió Lucientes unas cordezuelas morder sus piernas bajo la rodilla, encima del envés de la bota.

—¡Rayos y culebras! ¿Qué pretendáis, imbéciles?

—Te lo explicará el señor Louis d'Artois. Ponle mordaza, Gontran.

Del árbol descendió Janot, el experto en "sacoches", y de detrás de él apareció Gontran, el que había atado sus piernas.

Y, de pronto, una voz amable interrogó:

—¿Os ayudo, señores?

La aparición de Cheij Khan, no reconocible al pronto en la penumbra, hizo prorrumpir en maldiciones a Domremy.

—¡Sus y a él, amigos! ¡Está solo!

Diego Lucientes había presenciado cientos de luchas sangrientas y escalofriantes. Nada podía ya sorprenderle en violencias.

Pero cuando los cuatro maleantes se abalanzaron sobre el intruso, la feroz y selvática ligereza con la que Cheij Khan, empleando los cuerpos humanos como proyectiles, demostraba toda la fortaleza oculta en su esbelto cuerpo, pasmó a Lucientes.

—¡Es el árabe!—aulló despavorido Domremy—. ¡Huyamos!

Era el único que quedaba en pie. Los otros, desmembrados, yacían inmóviles en confusa masa.

Domremy aulló angustiado cuando sus rodillas se doblaron, debilitado por el manotazo que Cheij Khan acababa de propinarle en un hombro.

Y con suave entonación ordenó Cheij Khan:

—Recoge del suelo esta daga y corta las ligaduras que mantienen preso al caballero. Y, a la vez, explica quién te envió a la emboscada.

—¡Fué el señor Louis d’Artois!... Dijo que le lleváramos al caballero español...

De pronto intentó zafarse Domremy y su daga buscó el estómago de Cheij Khan.

Diego Lucientes contempló asombrado como el joven alzaba por encima de su cabeza a Domremy y, proyectándolo contra un arbusto cercano, lo arrojaba con fácil gesto.

Al ruido de los huesos quebrándose, una silenciosa risa apareció en los labios de Cheij Khan. Brotó la carcajada..., que se truncó en corto aullido.

Unas gotas de sudor perlaron en la frente de Lucientes. Había oído aullar a un chacal...

Pero, ya recuperado, era un joven de soñador semblante el que, cortando sus ligaduras, decía:

—Excusad mi grito de triunfo, caballero Lucientes. Costumbre adquirida en mi infancia. Celebro haberos podido ser útil. Me dirigía a la margen izquierda del Sena cuando oí unos gritos. Acudí..., y por la sangre española que llevo en las venas me complace haberos podido ser útil.

—En deuda estoy con vos, señor...



—En deuda estoy con vos, señor...

—Cheij Khan.

—Creo haber oído hablar de vos.

—Mi nombre es exótico. Quizá me visteis bailar la danza del Arlequín Burlón o efectuar ejercicios que como jefe de tribu conozco.

—No tuve tal ocasión… Pero ¿aceptáis mi invitación a cenar?

—De muy buen talante, caballero Lucientes.

—Antes, si me lo toleráis, desearía visitar al que me envió sus esbirros. Aunque tiempo queda. Tardarán ésos en darle noticias al señor d'Artois. Porque, si no ando mal de los ojos, esos cuatro mozos se han convertido en pacíficos ciudadanos, ya que son cadáveres.

—Sí. Han muerto. Me enseñaron a luchar sin misericordia.

—Hay en vos una gran pujanza y fortaleza. Pero… abandonemos este paraje. Y abandono también la cita a la que me rendía… porque me es molesto interrogar a una dama… Si esos maleantes pudieron esperarme aquí, era porque sabían que… En fin, triste es reconocer que en una cita de amores no había más que traición. Odio y detesto a muerte a los simuladores desleales, caballero Cheij Khan. ¿Y vos?

—También.

—¿Os parece que cenamos en la hostería de la "Pomme d'Or"? Sus cocinas son muy de mi agrado.

—Mi comida es parca, caballero Lucientes. Mi alimento siempre es el mismo: carne cruda, dátiles, miel y agua.

—¡Repámpanos!… ¿Sois bebedor de agua?

Cheij Khan entornó las pestañas.

—Perdonad, caballero Lucientes…— dijo, a medida que andaban fuera ya del jardín—. Habéis lanzado una extraña exclamación.

—Es española. No os incomode, pero, como os repito que odio las simulaciones, os confesaré que lamento que seáis abstemio. Sustento, quizá insensatamente, la opinión de que los que nunca prueban el vino suelen tener malas ideas.

La sonrisa de Cheij Khan fué afable.

—Los árabes no beben vino, caballero Lucientes. Pero no tienen peores ideas que los maleantes europeos, si son maleantes, ni mejores que los caballeros europeos, si son caballeros.

—¿Os extrañó mi exclamación?

—Una extraña exclamación. Me pareció haber oído antes de ahora esta original palabra.

—¿Habéis viajado por España?

—Sí.

—Entonces… allá la oiríais.

—Posiblemente. Y, por cierto, grande debió ser el agravio, cuando un poderoso señor como Louis d’Artois se rebaja a contratar maleantes que os secuestren.

—Juzgad vos mismo. Suponed que mi hija… ¡Ah! Pero quizá ignoráis que soy padre de una deliciosa muchacha cuyo nombre es Gabrielle.

—En París la belleza y la honestidad no corren siempre parejas. En París hay muchas hermosas, pero cuando una dama reúne hermosura, honestidad e inteligencia, ¿quién no la conoce? Todo París alaba el prodigio de encantos que es vuestra hija, caballero Lucientes.

—Vuestro elogio me es grato. ¿Acaso la conocéis?

—No he tenido aún el honor.

—Mi castillo os hubiera gustado, por su arquitectura, si hubieseis hecho viaje a Civry.

—De lejos lo contemplé, pero el paje Toinon Lemarchand, paje de vuestra hija, me comunicó que, con muy buen tino, vos no admitíais la visita de curiosos.

Diego Lucientes frunció el ceño. La habilidad con la que aparentemente era sincero, mintiendo, su interlocutor, le demostraba que era un sujeto inteligente.

—Pues, como os decía, juzgad vos mismo el agravio que me infirió el señor d’Artois.

—Supuse que vos erais el que le agraviasteis.

—Entró con disimulos por mi puerta, en busca, no de la dote, pero sí de empañar el buen nombre de mi hija. Naturalmente, lo arrojé por la ventana, después de desfigurarle levemente el rostro. Aborrezco la mentira, si en juego está el candor de mi hija. Hemos llegado.

En la “Pomme d’Or”, la concurrencia distinguida se componía, en su mayor parte, de antiguos conocidos de Cheij Khan, cuyo conocimiento lo trabó por mediación de Adelaida de Chamfort.

Al sentarse, Diego Lucientes puso rostro de recordar

repentinamente.

—¡Ya sé dónde oí vuestro nombre! Si me engaño, corregidme, y no toméis a mal si presté oídos al fácil rumor que siempre cunde por París. Relacionaban a un apuesto caballero árabe con cierta dama encopetada... No más lejos que esta misma tarde oí comentar que la presunta domesticada olvidó su abandono casándose con cierto caballero administrador de los bienes de un duque.

—París es malévolo. La amistad que por mí demostró la honestísima señora de Chamfort fué mal interpretada. Al no poseer yo cartas de nobleza ni bienes de fortuna, y haber tenido que acudir a las habilidades que en mi desierto mis servidores me enseñaron desde temprana edad, dió pábulo a que la maledicencia se cebara en mí. Lo lamento, porque a la vez empañaba la fama acrisolada de Adelaida de Chamfort.

Era tan nostálgica la mirada de Cheij Khan, como si le abrumara el peso de la maldad humana, que Diego Lucientes sintió un leve remordimiento. También él había sido un aventurero que...

Pero recordó los ojos azules siempre alegres de la que nunca conoció maldad ni engaño, y sintióse poco propenso a dejarse seducir por el aparente sentimentalismo del árabe.

—Para un jefe de tribu como vos, la frialdad de esta capital os debe resultar insoportable.

—Partí de Arabia para instruirme. Recorrí naciones... y en París hallé una sociedad exquisita, aunque afectada, poco sincera, despreciativa de las bellas verdades eternas.

—¿Cuáles son para vos esas verdades?

—Lealtad, veracidad, afecto amistoso y ternura amorosa compartida. Esas son las verdades que embellecen la vida del viajero de la vida.

Diego Lucientes encargó un condumio adecuado a su paladar, y no mostró su extrañeza al ver la indiferencia con la que Cheij Khan comía la cruda carne, los dátiles y la miel, bebiendo escasamente el agua que en jarro de cristal la criada trajo, examinando con arrobo el semblante del apuesto joven.

—Habéis salvado quizá mi vida, Cheij Khan. ¿Puedo cometer la indiscreción de preguntaros vuestra edad?

—Veintidós años ha que nací en un oasis de Mogador.

—¿Cuándo regresáis a reinar en vuestra tribu?

—Nunca.

—¿Os cautivó París?

Cheij Khan sonrió con tristeza.

—Debo enmudecer, caballero Lucientes. Si hablase, vos creeríais que, por el servicio que el azar me ha permitido prestaros, pido ya recompensa.

—Hablad en toda confianza, Cheij Khan. Presto estoy a rendiros el servicio que de mí deseéis.

—¡Es tanto y tan poco!... Y, a la vez, temo que lo interpretéis como una impertinencia.

—Intentad.

—Es poco, porque tan sólo es pediros que me deis ocasión de conocer a vuestra hija. Y es tanto... porque sólo quiero verla una vez, para que su imagen que ya llevo en mi corazón, sea el último recuerdo que del mundo me lleve cuando voluntariamente busque la muerte en lejanas tierras. Y ahora, caballero Lucientes, perdonad. No me deis réplica. Aquí me alojaré, y, si os dignáis concederme el honor de oír por una sola vez el aliento de las palabras de Gabrielle Lucientes, mi gratitud os será eterna.

Levantóse Cheij Khan, llevóse la diestra a la frente, al corazón y a los labios, y marchóse.

Diego Lucientes mordióse los labios. Los informes que había adquirido de Cheij Khan aquella misma tarde lo presentaban como un saltimbanqui, un aventurero...

Por otra parte, al fingir que no conocía la verdad de que el supuesto paje era la propia Gabrielle, y mentir tan poéticas frases, demostraba que...

Y aquí se detuvo en sus pensamientos Lucientes. Su hija era atractiva. ¿Iba él a caer en el mezquino error de pensar que sólo su rica dote podía ser el motivo por el que el árabe usó aquel artificio?

¿Y si fuera porque no se atrevió a declarar directamente su amor?

La cena no resultó agradable para Diego Lucientes. Se hallaba ante una encrucijada de difícil resolución. Aun suponiendo que lograra descubrir que Cheij Khan pretendía obtener la dote de Gabrielle..., si ésta, como se temía, estaba enamorada de él..., ¿podría él, por más derechos que su autoridad paterna le concedieran, destrozar con una precoz pena de amor la confianza

de una enamorada?

Cuando salía de la “Pomme d’Or” no había aún resuelto cuál sería su actitud. Pero, para terminar con su encrucijada, apenas llegó redactó una invitación dirigida a la “Pomme d’Or” a nombre de Cheij Khan para ser recibido la tarde siguiente a las cuatro.

Si el árabe era tan soñador como sus ojos permitían suponer, quizá, tal como anunciaba, partiría lejos…

Pero ¿se conformaría Gabrielle con irle olvidando? Todos aquellos pensamientos desvelaron a Diego Lucientes, que por el instante echó en olvido a Arlette Asniere y a Louis d’Artois.

Capítulo VII

La predestinación incontenible

Diego Lucientes tuvo también que resolver otro problema, que nunca hubiese creído que se le presentara allá en sus años juveniles, cuando las buenas costumbres y la moral se le antojaban hipocresías de Tartufo.

Por la mañana llamó a Etienne Laurent, el preceptor. Éste estaba ya muy acostumbrado a la originalidad del pelirrojo, pero, no obstante, sintióse extrañado cuando en el salón donde se hallaban, Lucientes le acompañó hasta cerca de la ventana, que daba a la terraza y al jardín, y le obligó a sentarse en cómodo sillón allí puesto.

—Este será vuestro sitio, Mentor.

Y, cogiendo un libro de los varios que había en una mesita cercana al sillón, se lo colocó en el regazo.

—Leyendo estaréis menos indiscreto. Pero tratad de no absorberos demasiado en la lectura. Ya me molesta el papel de rodrigón o carabina, pero en vos es misión ennoblecida, ya que habéis sido el educador de mi hija. Esta tarde os presentaré a un joven que promete mucho. Si acaso, tal como dijo, no se fuera a hacerse matar lejos, y volviera, vuestra presencia sería la adecuada en este mismo lugar.

Gabrielle Lucientes palmoteó excitada cuando le fué anunciado que a las cuatro de la tarde vendría Cheij Khan.

—¿Cómo lograste convencerle, padre?

—El fué quien me rogó ser invitado a venir. Según parece, quiere oírte, y largarse con la música de tu voz en los oídos.

—¡No le dejaré marcharse!

—Eso es lo que me temía—suspiró Lucientes.

—¡Cómo!—sonrió ella—. ¿Por qué has de temer? Soy dichosa... Estoy cierta, papá, que existe una predestinación, algo que es incontenible como las aguas de un torrente desbordado, algo contra lo cual no puede lucharse.

—Ya asomas la oreja poética, hija. Por lo visto, ha sido un flechazo con caracteres de lanzazo. En fin, el tiempo dirá.

—¿Verdad que Cheij Khan es todo un caballero?

—A juzgar por sus frases, lo es.

—¿Verdad que es el hombre más guapo y viril del mundo entero?

—Después de mí, posiblemente.

Rió ella abrazada a su padre. Y Diego Lucientes, aunque previendo futuras dificultades, casi agradeció por el instante el que Cheij Khan hubiese logrado conceder aquel éxtasis de alegría a su hija.

A las cuatro de la tarde, Diego Lucientes aguardó en la escalinata al joven aventurero.

Cheij Khan había percibido en el pelirrojo una actitud íntimamente recelosa, pero tenía tal certeza de que contaba con la voluntad de Gabrielle, que desdeñó preocuparse.

—Buenas tardes, caballero Lucientes. Agradezco el honor que me hicisteis al concederme la merced de ser presentado a la señorita Gabrielle.

—Supisteis rogarlo tan delicadamente, que en mí hubiera sido de mal gusto negarme.

Gabrielle Lucientes, sonrosada, brillantes los ojos y temblorosos los labios, fijó la luz azul de sus grandes pupilas en la intensa negrura acariciante de los ojos del hijo del Pirata Negro cuando éste entró en el salón, donde ella, junto con Etienne Laurent, aguardaba.

—Mi hija, caballero. Y su preceptor. El caballero Cheij Khan.

A la presentación, y cuando tendía Gabrielle su mano, Cheij Khan no la rozó. Hizo su saludo árabe...

Diego Lucientes, para “aquietar el ambiente” y dar tiempo a su hija a serenarse, habló unos instantes de banalidades.

Después levantóse, pretextando quehaceres, y dejó solos a los dos jóvenes, bajo la discreta presencia de Etienne Laurent, instalado cerca de la ventana y tratando de leer sin abstraerse en la lectura.

—Debe ser interesante la vida en Arabia—dijo Gabrielle,

nerviosamente, tras un instante de silencio en que Cheij Khan la observó fijamente, concentrada en ella la aterciopelada dulzura de sus ojos.

—No hay cielo más puro que aquel que sombrea la ensoñación. Pero ya que habéis citado mi tierra natal, os explicaré una costumbre de allí. Se da el caso que dos caminantes cruzan sus caminos y hacen alto en un oasis. Sienten de pronto que una invencible atracción les une. Antes no se conocieron, y, sin embargo, alienta en ellos la impresión de que, no ya años, sino siglos, se han tratado. Y entonces, para demostrarse su mutuo reconocimiento, cuentan brevemente sus vidas.

Hizo una pausa Cheij Khan... Gabrielle estaba pendiente de sus labios, y la suave voz grave de entonación reposada, actuaba en ella como un hechizo más.

—Te saludo, mujer predestinada... Nací en tierra árabe, y desde más temprano que recuerdo, sólo veo negruras, durezas, angustias y pesadillas. Endureció mi cuerpo un domador, convirtiéndome en Cheij Khan, el, acróbata contorsionista, el domador, el funámbulo. No tuve más amigo que un chacal reidor. Fuí creciendo y la primera pena honda que recuerdo fué la muerte de mi chacal. Después, un caballero, que lo era tan sólo en apariencia, intentó endurecer mi alma. No lo logró. Me aparté de su lado conociendo ya lo que es la egoísta vida del cortesano. Por último, aquí en París, una dama me brindó su amistad, y la maledicencia prestó impuras realidades inexistentes. Y cuando ya mi alma rebosaba vacío, efectué por curiosidad un viaje a unos bosques... Vi a la mujer de mis sueños... Vi a la que en mis noches de desvelo iluminaba mi pobre existencia de abandonado. Y ahora podré partir, porque la vi, y, aunque lejana e imposible, pude plasmar en mis pupilas todo el encanto de su presencia física.

Gabrielle Lucientes tardó unos instantes en contestar:

—Cuando el caminante halla en su sendero a otro, y tiene la certidumbre de que existe entre ellos una predestinación, abandona todo freno, si es mujer, e inexperta. Yo os contaré mi vida brevemente. Cheij Khan. Me crié entre hombres que me adoraban como a una muñeca frágil, y entre ellos era feliz. Tenía por compañero de juegos a un niño de mi edad, rudo, bravo, amante de la lucha... Para mí aquel muchacho era como para vos vuestro

chacal reidor. Murió... Desde entonces crecí en el castillo de Civry con los únicos cariños de mi padre y mi preceptor. Y hasta que nuestras sendas no se cruzaron, a ningún hombre presté atención. Si en mis palabras no hay recato, no me juzguéis mal, Cheij Khan. Yo creo en la predestinación...

—Incontenible y obscuro impulso, que nos hace comprender que la felicidad es una bella mariposa de alas multicolores y fulgentes, que sólo se posa una vez en el árbol de la vida del ser humano. Os he conocido ya, Gabrielle. De lejos os vi, gracias a la ayuda de vuestro paje, Toinon Lemarchand. Él me proporcionó la ocasión de veros.

—¡Era yo!—dijo ella, puerilmente.

—Imposible...

—Me visteis vistiendo ropas de hombre y con el rostro embarrado, recogidos mis cabellos bajo un pañuelo. Y por segunda vez, ya obscurecido el día...

De pronto enrojeció ella, porque revelar que había fingido ser el paje de Gabrielle, era no sólo conocer el “secreto” de Cheij Khan, sino también confesar que ella misma le indujo a intentar la conquista de la llamada la linda desdeñosa.

Cheij Khan, gravemente, con sonrisa triste, replicó:

—Hasta el más humilde de los pordioseros puede extasiarse ante la hermosura del cielo y proclamar que, arrodillado, no reconoce mayor encanto que el azul nítido... Después debe seguir su camino... Y esto he de hacer. Partiré...

—¡No!... —grito ella, inconteniblemente.

En su rincón, Etienne Laurent soltó el libro. Hubiera querido recomendar más femenina prudencia a la amazona que estaba declarando su amor...

Cheij Khan tocóse el pecho y después cruzó las manos

—Un abismo nos separa, Gabrielle.

—¿Cual?

—Vos sois una dama, vos sois la castellana de Civry. Yo soy un árabe viajero, sin más caudal que su caballerosidad y su espada.

—¿Qué mayor fortuna puede desear un hombre? Escuchad, Cheij Khan: vos sabéis que en Civry me llaman la amazona. Dejadme por un instante serlo. Quizá porque siempre entre hombres viví... Quizá porque a uno conocí que todas las cualidades reunía,

Era el único amigo de mi padre... Pensando en él os hablo claramente. Yo creo en la predestinación y... vos me amáis... Nuestras sendas se han unido... y no deben separarse. El camino de la vida...

—...se cubre de rosas desde este instante, en que a tus pies, Gabrielle, proclamo mi amor.

Avanzó Gabrielle las manos, y cuando en ellas sintió el roce de los labios de Cheij Khan, sintióse más fatigada que cuando por horas galopaba y esgrimía.

Una fatiga deliciosa que hizo que sus ojos se cerrasen a medias, mientras los latidos de su corazón cantaban en su pecho un himno de recónditas armonías.

El silencio duró minutos, hasta que Cheij Khan volvió a sentarse frente a ella.

—Por este instante, Gabrielle, bien vale haber vivido tenebrosamente. Huérfano a temprana edad, conservo el recelo del niño maltratado, al que los dones del cielo asustan. ¿Eres visión de mi sueño, y te desvanecerás en el aire, dejándome de nuevo a solas con mis tinieblas?

Ya la conversación tuvo tales caracteres de vaguedad y pueriles incoherencias, que Etienne Laurent, poco experto en lides de amor, decretó en su fuero interno que el milagro se había realizado.

La amazona habíase convertido en mujer y en mujer rendidamente enamorada.

Cuando marchóse Cheij Khan, citado para pasear por la mañana siguiente a caballo, Gabrielle resultó un “arroyo Incontenible”.

—...¡y me adora! ¡Y como yo gusta de galopar y esgrimir! ¡Ya no se irá! Viviré contando los segundos de su ausencia. ¡Soy feliz, padre, inmensamente feliz!

Etienne Laurent, al atardecer, intentó tímidamente un comentario:

—¿Vos, señor Lucientes, sabéis quién es y conocéis a fondo al caballero Cheij Khan?

—No sé más que rumores.

—Gabrielle es una perla que... no puede ser manchada por...

—Os contagiasteis de los dos mocitos, Etienne. Dejad que el tiempo resuelva.

—Pero yo deduzco que este Cheij Khan es un aventurero...

—También lo fuí yo… y lo sigo siendo.

—Excusadme. Ved en mis frases el temor de que pueda ella sufrir.

—¡Repámpanos! ¿Creéis que eso no me atosiga a mí, que siempre me reí de los padres preocupados? Pero es inútil intentar luchar con el amor… ¿Qué haríais vos en mi lugar? ¿Dar muerte a Cheij Khan? Sangraría el corazón de Gabrielle, que es muy joven aun para saber que más vale un amor que en sueño queda, que una realidad diaria matando el amor. ¿Encerrarla a ella en una alta torre? No sirvo para hacer tal torpeza. Sería exacerbar su amor… y conseguir que ella me cogiera odio. ¡Conque no nos queda más que contemplar lo que el tiempo haya decidido!



Dos semanas después Gabrielle invadió corriendo el salón donde Diego Lucientes se aislaba. No salía para nada de la casa, alegando que no quería correr riesgos hasta saber en qué terminaría el cortejamiento de Cheij Khan.

Había pospuesto ir a visitar a d'Artois y a Arlette Asnieres.

—Papá… ¡Quiero casarme! ¡Cheij Khan tiene que pedirte mi mano!

—¡Córcholis! Si sólo… si sólo hace quince días que os habláis…

—Yo sé que tú, en tus tres bodas, no tardaste en esposar más allá de cinco días.

—Sí…, pero yo soy un hombre, ¡repámpanos!

—Yo soy la amazona… No puedo vivir sin Cheij Khan…

—Atiende… Dale tiempo al tiempo. Medita…—Pero, a la vez que hablaba, comprendía Lucientes la futilidad de sus palabras.

—Debes anunciar mis esponsales, papá. Regresaremos a Civry, él y yo, casados. Tú quisiste asegurarte de mi felicidad y a París me trajiste para conocer el amor, ¡Eres, pues, un padre feliz!

—Lo soy, lo soy… porque tan dichosa te veo. Pero—y el madrileño halló de pronto la solución que le hiciera ganar tiempo, retrasando lo que le parecía inevitable—has olvidado algo importantísimo.

—Nada hay de importante que pueda impedir mi boda. Tú me has dado tu pleno consentimiento.

—Ingrata…—silabeó Lucientes.

—¿Ingratitud, yo?

—¿Olvidas que tu fortuna se debe a...?

—El hidalgo Lezama... Pero él, me sabe dichosa, dará por bien hecho cuanto tú y yo resolvamos.

—Tu dote, el castillo y nuestra fortuna obra de Carlos Lezama son. Por lo tanto, yo no tengo inconveniente en que todo París sepa que Cheij Khan ha logrado enamorar a la linda inconquistable, pero no doy mi brazo a torcer en este punto. Escribiré al hidalgo Lezama, y hasta que no llegue su aprobación no esposarás a Cheij Khan.

—¡A la orden! ¡Cruel!—rió ella— Prolongarás mi espera, pero comprendo que tienes razón. El hidalgo Lezama debe darme su consentimiento Pero se reirá de ti... Ya lo verás.. Dirá: "¡Tate!... ¿Y a mí qué me cuentas, "Medio-Brazo"? ¿De cuándo acá te volviste tan etiquetero? ¿Dó está el pirata veloz del "Aquilón"?".

—Lo dirá, pero es mi obligación escribirle y la tuya aguardar su venia. Entretanto, que Laurent, ducho en estos menesteres, acepte la social responsabilidad de anunciar tu boda a los cuatro vientos. ¿Qué título le damos a Cheij Khan? ¿Gran señor de las arenas?

—Te repetí lo que de su vida me contó... Ha sido un huérfano maltratado. Él y yo no tenemos títulos... Somos carne y uña, empuñadura y acero... ¡Somos Cheij Khan y Gaby! Y así a secas rezará en las cartas que lo anuncien, para la gran fiesta de esponsales en que quiero que todo París femenino me envidie... "El señor Diego Lucientes tiene el honor de participar los esponsales de su hija"...

Capítulo VIII

Desenlace inesperado

—"El señor Diego Lucientes tiene el honor de participar los esponsales de su hija Gabrielle Lucientes de Civry con el caballero Cheij Khan"— leyó Adelaida de Chamfort—. Es extraño, Aimé..., pero esta participación no nos la envía el español. Me la remite mi amiga Arlette Asnieres.

—Olvídalo—aconsejó su reciente esposo.

—¡No! Prometí vengarme, si podía, del chacal. Y esta es la ocasión. El afirmó que conseguiría la dote de la rica española. Sus palabras de entonces las conservo grabadas al rojo vivo en mi corazón.

—Prometimos olvidar nuestros pasados, Adelaida.

—¡No puedo! ¡No quiero que Cheij Khan, el chacal, triunfe!

—Este rencor es impropio de ti, Adelaida.

—Pienso en ella, en esta mujer desconocida, que cuando averigüe que el chacal reidor es un Luzbel... sufrirá lo indecible.

—No en asunto en el que debas inmiscuirte. Aun si tuvieras amistad con la rica española... Pero... ni siquiera la conoces.

—Luzbel no conseguirá su propósito.

—Vivimos tranquilamente, Adelaida. ¿A qué complicarnos la existencia?

—Iré a visitar al señor Lucientes. Hablaré con el y con ella...

Aimé Fortinbras intento sonreír humorísticamente.

—No puedo desempeñar el papel de marido autoritario, porque nuestro enlace tuvo como base la conveniencia de tu amistad y el acicate de mi amor. Pero, por lo que más quieras, Adelaida..., recuerda que eres una parisina inteligente.

—¿Que el padre puede alegar que soy una rencorosa

calumniadora? Sabré aducir argumentos que convencerían al más ciego. ¿Que ella me odiará por destrozarle una ilusión? Cuando envejezca, me lo agradecerá. Pero no es por ellos… Es porque Cheij Khan se burló de mí y también de ti… Cheij Khan se cree invencible.

—Te ruego olvides este asunto, Adelaida. No hablemos más de ello. Podrías vengarte de Cheij Khan… De acuerdo, ¿pero y luego? Sabes ya que es una fiera desencadenada cuando le acomete la sed de matar luchando. No respetará que eres mujer.

—Tranquilízate, Aimé. Comprendo que tienes razón. La venganza de Cheij Khan sería terrible… y al fin y al cabo soy una mujer débil.

—Así está mejor.

Y quedó tranquilo Aimé Fortinbras.

Pero aquella misma tarde Adelaida de Chamfort descendió de su carroza en el jardín de la mansión parisina de los Lucientes.

Pidió ser recibida por Gabrielle Lucientes, pero el lacayo manifestó que estaba ausente.

Solicitó entonces ser recibida por Diego Lucientes.

Poco después Diego Lucientes inclinábase para besar la diestra de Adelaida de Chamfort.

—Alguna que otra vez tuve el honor de saludaros, señora, aunque nunca tuve el placer de hablaros.

—Lamento venir a desempeñar un cometido muy molesto, que tiene sus ribetes de ridiculez. Pero antes de abordar el tema por el cual os he visitado, ¿puedo inquirir si veis con agrado el enlace de vuestra hija con Cheij Khan?

—Mi natural cortesía, señora, me veda replicaros que estimo muy contundente la pregunta—sonrió Lucientes, sentándose.

—Comprendo la ironía. Pero he venido dispuesta a recibir cuantos sarcasmos merezco. ¿Vos sabéis quién soy?

—Adelaida de Chamfort, belleza rubia, que desposó al caballero Aimé Fortinbras.

—Pero ¿sabéis quién fui?

—No tengo el honor de saberlo.

—¡Cheij Khan fué mi amante!

—Muestra de su buen gusto, señora.

—Cheij Khan es un aventurero.

—Todo es aventura en la vida, señora.

—Cheij Khan anunció, cuando se separaba de mí, que, gracias a su conocimiento de las mentiras amorosas, obtendría prontamente el gran premio que le permitiera abandonarse a su favorita ocupación, que es vivir holgazaneando. Y aseguró que no hallaría dificultad ninguna en conseguir casarse... con la dote de vuestra hija.

—Me dijeron que erais inteligente, señora... Era falso... Porque, si lo fuerais, ¿no comprendéis que vuestra actitud puede parecerme la de una enamorada vengativa que calumnia?

—Comprendo que así lo supongáis. Pero tengo pruebas indudables.

—Aunque me las presentarais... no se las enseñaría a mi hija. Seré un padre poco padre, pero yo no quiero destrozar la dicha actual de mi hija enamorada.

—¡Yo hablaré con ella!

—Lo siento, señora, pero si tal hicierais..., quizá por experimento que nunca he intentado, trataría de saber qué impresión produce cortarle la lengua a una hermosa parisina.

—¿Estáis ciego? Sabéis que Cheij Khan no quiere a vuestra hija, sabéis que sólo desea su dote, sabéis que la engaña, mintiendo amores como a tantas otras mintió, sabéis que es un Luzbel perverso, un chacal asesino, y consentís...

Se detuvo ella, sorprendida.

En el umbral de la sala, Gabrielle Lucientes, pálida como una muerta, desorbitados los ojos, abrió los brazos, intentó asirse a un cortinaje y, dando un traspiés, cayó desvanecida.

Notas

[1] Véase: Noches Fantasmales. < <

[2] Véase El Chacal. <<